COMEDIA FAMOSA.

EL BUEN PAGADOR ES DIOS.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Emperador.	*Serafina.*	*Ricardo.*
Alexandro.	*Irene.*	*Carlos.*
Lisardo.	*Flora.*	*Un Escudero.*
Doristo.	*Don Ramon.*	*Marineros.*
Clemente.	*Morcon.*	*Criados.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el Emperador, Ricardo, Irene, Flora, y acompañamiento al son de caxa, y clarin.

Voces. VIva nuestro Emperador
edades, y siglos.
Todos. Viva.
Musica. Y pues nuevo Marte de la Alexandrìa
sale à la campaña, las voces repitan,
que triunfe, que reyne, que venza, que viva.
Tod. Que triunfe, q̃ reyne, que venza, que viva.
Emper. Deudos, y vassallos mios,
mi afecto à todos estima
los aplausos que me dais,
y à vuestra lealtad dedica
mi estimacion recompensas,
que un Monarca se acredita,
quando de vuestras finezas
pone à cuenta sus fatigas:
y no en vano los vassallos,
alma de la Monarquìa
se llaman, pues son las basas
en que el dominio se afirma:
y pues que de mi jornada,
que dilatè tantos dias,
el plazo ha llegado, oy,
porque veais lo que os estima
vuestro Rey, dexaros quiere
en rehenes de su partida
vuestro Principe Ricardo,
con Irene mi sobrina,
à quien en alegre lazo
espero dexar unida
la successión de mi Imperio
en bolviendo (como fia
mi esperanza) vencedor;
y assi vuestra voz repita,
viva el Principe Ricardo,
viva Irene mi sobrina.
Tod. y Music. Que triunfen, que reynen, que venzan, que vivan.

Ric. Aunque con vuestra jornada::-
Iren. Aunque con vuestra partida::-
Ric. Me dexais el sentimiento::-
Iren. Dexais la pena crecida::-
Ric. Solo con la ocupacion
à un Principe tan debida,
de assistir como criado
à la Princesa mi prima,
ya me dexais, gran señor,
motivo para que diga,
tendrè consuelo, si acaso
puedo acertar à servirla.
Iren. Nunca ha dudado mi afecto
de vuestra galanterìa,
que lo noble, y lo bizarro
tan ayrosos se compitan:
sì bien la ausencia del Sol,
que aqueste Cielo ilumina,
es justo que la echen menos,
aun los Astros, que mas brillan.
Emp. Con una, y otra atencion
tan amorosa, acredita
mi cariño ser los dos
los polos en quien estriva
mi edad, las dulces quietudes,
que el descanso solicìta.
Iren. Pero permite, señor,
que el propio interès te riña
(de nuestro afecto) el hacer
ausencia de nuestra vista.
Ricard. Quando de Constantinopla
ha señor tan pocos dias
que has llegado, que aun no sè
si te ha visto Alexandria,
còmo tan de passo intentas
hacer la marcha?
Emper. Ay sobrina!
ay Ricardo! que no es
voluntaria mi partida,
sino precisa: bien dixo
el que dixo, que la invicta
Corona no en vano estaba
de oro, y piedras guarnecida;
para que dissimulada,
se haga al hombre apetecida;
y aunque ligera al tomarla,
està pesada al ceñirla,
que si al tiempo de ponerla
las puntas que la autorizan
supieran muchos que son
las mas agudas espinas,
muy pocos la deseàran,
y todos la dexarìan.
Digo esto, porque sepais,
que la inquietud de Sicilia,
(que tributaria à mi Imperio
ha tanto que se autoriza)
me obliga à que mi persona
la reduzca con su vista,
pues de la guerra de España
acosada, y perseguida,
quiere sacudir el yugo,
que la oprime, y la fatiga;
y voy con dos circunstancias,
que es, à sossegar la altiva
sedicion con mi presencia,
ò à vèr si à la paz se inclina
el glorioso Rey Alfonso
de España, que ha muchos dias,
que ser su amigo deseo,
y mi Embaxador me avisa,
que trabajando en la paz
quedaba: esto me motiva
à apartarme de vosotros:
ved si en ocasion tan digna
puedo escusar el viage.
Tocan clarin, y sale un criado.
Criad. 1. Ya, gran señor, la partida
està, como nos mandaste,
dispuesta.
Iren. Quien tanto estima
à tu Magestad, señor,
como yo alcanzar podrìa
licencia de iros sirviendo?
Ricard. Ya parece que mi prima
arrebatò à mi deseo
la obligacion tan precisa,
que tengo por hijo vuestro,
que no es bien, señor, que diga
la fama, que yo en la paz
me quedo, quando la invicta
Magestad de tu persona
à la guerra se dedica.
Emper. A vos, sobrina, el deseo
mi amor de nuevo os estima;
y à vos, Principe, agradezco,
que

que la ardiente sangre altiva,
que heredasteis de mi aliento,
mostreis; pero en mi partida
no conviene que vengais:
mi persona no peligra,
vos en mi ausencia importais:
dadme los brazos, sobrina.
Iren. Humilde estoy à tus pies.
Emper. Levantad, porque no es digna
esfera mis pies, de quien
aun el Sol no lo serìa.
Ricard. A mì, gran señor, la mano
me dad.
Emper. Es accion debida
essa humildad à quien sois:
tomad, y pues de vos fia,
Principe, mi confianza
el cuidado, y la fatiga
de mirar por los vassallos,
obligacion tan precisa,
tratadlos como à hijos mios,
porque es razon, y justicia.
Ricard. Asi, gran señor, lo harè.
Iren. Dadme permisso, que os sirva
en acompañaros.
Ricard. Vamos.
Emper. Quedaos, Principe, sobrina,
quedaos, que no lo permito.
Alex. y Iren. Musica, y salva repitan:
Viva nuestro Emperador,
edades, y siglos viva.
Music. y voces. Y pues nuevo Marte de la
Alexandrìa
sale à la campaña, las voces repitan,
que triunfe, que reyne, que venza,
que viva.

Vase el Emperador, y acompañamiento, y quedan Ricardo, Irene, y Flora.

Ricard. Ya que de amante, y criado
el Cielo, Irene divina,
permite, que en atenciones
nuevos cuidados os rinda,
mientras que mi padre buelve,
aunque à mi persona diga,
que el govierno encarga; yo,
como deuda tan debida,
pongo à vuestros pies el mando:
mas no es mucho que lo rinda,
quien à vuestro hermoso cielo
tiene postrada alma, y vida.
Iren. Aunque la oferta, Ricardo,
sea en vos cortesanìa,
no desmerece en mi afecto
para que estè agradecida:
governad como es razon,
que para mi serà dicha,
veros desde amante à Rey
passar la distante linea:
Flora?
Flor. Què es lo que me mandas?
Iren. Que avises la monterìa
para esta tarde, que quiero
salir.
Ricard. Para que os assista
me dareis licencia? *Iren.* No,
que no es justo que se diga,
que faltais vos en la paz
al govierno, y la justicia,
y assi partamos distancias:
yo me voy à la batida,
que es imagen de la guerra:
y si en dos cuerpos unida
un alma ha de estàr, yo en vos
quedo para la fatiga
del despacho: vos en mì
vais para la divertida
inclinacion de la caza,
que no es justo se dividan,
entre el trabajo, y placer,
vuestro afan de mi alegria. *vase.*
Ricard. Discretamente su cielo
de mi obligacion me avisa,
y assi cumpliendo con todo,
irè esta tarde à servirla. *vase.*

Dentro Marineros.

1. *Marin.* Ferra de gavia, que el viento
lleva con fuerza cruel
à las peñas el baxèl.
Marin. Amayna. 1. Amayna.
Clem. Elemento
feròz, que en sobervias olas
burlas suspiros, y quexas,
por què entre espumas no dexas

siquiera esperanzas solas?
Salen Lisardo, y Doristo.
Dorist. Mira, Lisardo, un baxèl,
subiendo al Cielo, y baxando,
para su ruina luchando
en brazos del mar cruel.
I. Alija, alija.
Clem. Què yelo
mortal el mar nos previene!
Alex. Ya à pique el baxèl se viene.
Lisard. Què lastima!
Todos. Favor, Cielo.
Dorist. En la chalupa se arrojan
algunos: el Cielo quiera
darles paz en la ribera,
que las aguas blandas mojan.
Lisard. Gracias à Dios, que ya llegan
libres tres personas solas,
y las enemigas olas
el roto baxèl anegan.
Dorist. Què riqueza, què tesoro,
què gente se avrà perdido!
Lisard. Dichoso yo, que me olvido
con pobres redes del oro.

Correse la cortina, y passaràn del lado izquierdo al derecho en un barco Clemente, Alexandro, y Serafina, y salen al tablado.

Clem. Immenso Dios, còmo puede
dar gracias hombre mortal
por un beneficio tal,
que los limites excede
del pecho mas liberal?
Cessen las vanas querellas
de las olas, aunque en ellas
cerca he visto de mi mismo
las tinieblas del Abismo,
y del Cielo las Estrellas.
Con mis hijos libre llego:
dexate, tierra, besar:
si Eneas pudo librar
un viejo padre del fuego,
dos hijos libro del mar.
Seraf. Dame tus brazos, señor.
Alex. Buelva à engendrarme otra vez
el amor en tu vejèz.
Clem. No viò el Cielo igual amor
desde el Aries hasta el Pez.
Alex. Pobres los tres nos hallamos;
pero con vida en efeto.
Seraf. La tuya, señor, prometo,
que Alexandro, y yo estimamos.
Clem. No es pobre el hombre discreto.
Lisard. El parabien de la vida
daros podrà, el que quisiera,
que al ocio de esta ribera,
la triste nave perdida
con prospera paz viniera.
Clem. Guardeos Dios.
Seraf. El sentimiento *ap.*
de la pèrdida cruel
de Carlos, que en el baxèl
venìa, es mayor tormento:
Ay malogrado contento!
Dorist. Perdeis mucho?
Alex. Tristes hados!
quatrocientos mil ducados
en el mar vè sumergidos:
què facilmente perdidos!
con què trabajo ganados!
Clem. Perdì, al fin, un gran tesoro:
hallome como nacì;
pero estos hijos que adoro,
son dos naves para mì
cargadas de plata, y oro.
Lisard. Cerca estais de Alexandrìa;
y aunque humilde Pescador,
podrè (perded el temor)
daros una choza mia,
llena de redes, y amor:
aqui al confuso ruìdo
de esse pielago temido
vida quieta passareis,
y en efeto vivireis
à vista del bien perdido.
Clem. Yo, amigo, tan pobre estoy,
que la palabra que ofreces
aceto. *Lisard.* Pues yo mil veces
la cumplirè: Amiclas soy,
si tu Cesar me pareces,
choza, barquilla, y persona,
si no Imperio, ni Corona,
ofrezco à tus nobles canas:
no llores riquezas vanas

à quien el mar no perdona.
Clem. Antes me consuela, amigo,
verlas perdidas asi,
porque no es desdicha en mì,
sino piadoso castigo.
Lisard. De què suerte?
Clem. Escucha.
Lisard. y Dorist. Dì.
Clem. Es la Patria de quien huyo
Zaragoza de Sicilia,
mis Padres fueron ilustres,
y mi Casa es bien antigua.
Profesè quando mancebo
la Militar disciplina,
que à bèlicos exercicios
animos nobles se inclinan.
Oficios tuve en la guerra;
pero dexèlos un dia
por el ocio de mi casa,
y el amor de mi familia.
Casè la primera vez
con noble muger, y rica:
calle, que un hijo que tuve, *ap.*
(ay perdìda prenda mia!)
no sè si vivo es, ò muerto
en España; y en Sicilia
del primero matrimonio
viudo, tuve à Serafina,
y à Alexandro en otra esposa,
que Esferas Celestes pisa.
Cubriòme la edad de canas,
y el corazon de codicia,
passion de viejos, que piensan,
que ricos se immortalizan:
al fin, amigo, en diez años
adquiriò la industria mia
essas riquezas, que aora
robadas del agua miras.
Sepultado el corazon
en mis riquezas tenìa,
sin acordarme del Cielo:
(què miseria! què desdicha!)
Tyrano fui para el pobre,
Ministro que Dios embia
à cobrar lo que nos sobra,
porque es suyo de justicia.
Ninguna limosna daba,
que con ser las obras pias
las que miran al pecado,
era cruel mi malicia:
Què bien que huvieran lucido
essas riquezas perdidas
en las manos de los pobres
miserables, y encogidas!
Tragòlas el mar furioso,
y los Cielos me castigan,
que los vientos, y las aguas
por su mandato las quitan.
Adquirieronse tratando
en Estrangeras Provincias,
desde la Arabia caliente,
hasta la Alemania fria.
Vieron essa rota nave
anchos mares peregrina,
segura de mil Cosarios,
Persas, Arabes, y Scitas:
si atrevida navegaba,
prosperamente bolvia,
porque el mar la conservaba
para mayores ruìnas.
Esta paz tan cautelosa
del mar, sepulcro de vidas,
y de riquezas humanas,
engañò mi fantasìa,
juzguè que fuera perpetua:
locos son los que se fian
del hombre, del mar, del tiempo,
solo Dios es Verdad viva.
Imaginè mi tesoro
doblarlo en Alexandrìa,
porque siempre el codicioso
en ganancias imagina,
donde para assegurar
con el descanso mis dichas,
à mis dos hijos llevaba,
porque con mi hacienda rica
pudiessen tomar estado,
por ser su madre Dionisia,
que ya està pisando Estrellas,
natural de Alexandrìa.
Lleno de piedras preciosas,
sedas, y purpura fina,
que en Damasco, Tyro, España
conchas, y gusanos crian,
esse leño, que has mirado,
hasta essas rocas venìa,
don-

donde el Cielo justiciero
guardò su fatal ruìna.
Escapamos en un barco,
ò por milagro, ò por dicha,
ò porque ya mi pobreza
de exemplo à los hombres sirva:
las vidas, y aquesta joya,
que acaso al pecho traìa,
son el caudal que tenemos,
gracias à Dios infinitas:
à pobres darla pretendo,
y en la soledad tranquila
de esta ribera passar
el termino de mis dias:
Alexandro, y yo podrèmos
alimentar esta hija,
que en vez de lagrimas vierte
perlas, que el Jordàn embidia:
tosco trage vestirèmos,
y en tu tremula barquilla
tenderèmos sobre el mar
la red marañada, y limpia.
Estos, Pescador piadoso,
son mis sucessos, que admiran,
y aqueste serà el remedio
de mis passadas desdichas.
Lisard. Lastimosa historia ha sido;
mas ya que à vivir te aplicas
en el campo, y dar à pobres
lo que de las ondas libras,
al pie de aquella montaña,
que el mar con sus ondas lima,
ay un pobre Pescador,
que graves males suspira;
rico ha sido como tu,
en los sucessos te imita,
desnudo infelicemente
sobre una piedra se inclina:
limosna serà bien dada.
Clem. De tu mano la reciba.
Dorist. Pues, señor, estando pobre,
y teniendo hijos, mas digna
serà la limosna en ellos.
Alex. No serà, si bien lo miras,
que yo lo podrè ganar,
y ayudar con mi fatiga
à mi padre, y à mi hermana,
y quien se halla en la agonìa
de males desnudo, no.
Clem. Ay hijo del alma mia!
Dios te premiarà esse zelo.
Alex. Si oy nacen los que se libran
del mar, nada hemos perdido.
Seraf. Limosna acepta, y debida
serà dar este vestido,
que no es malo.
Clem. Ay Serafina
de mi alma! trueca, trueca
essas lagrimas en risa,
que tu dote darà el Cielo.
Seraf. Como tu, señor, me vivas,
no quiero mayor riqueza.
Lisard. Vuestro zelo me dà embidia.
Clem. Què casa es aquella grande?
Lisard. El edificio que miras,
es la casa de placer
de Irene.
Clem. Quien es?
Lisard. Sobrina
del famoso Emperador
de Constantinopla.
Alex. Habìta
en ella?
Lisard. Sì, algunas veces,
porque à la caza se inclina:
ella, y Ricardo, que es hijo
del Emperador, solian
cazar en aquessos montes:
vamos, que en essas vecinas
barracas està mi casa,
repararèis la fatiga,
y susto del mar. *vase.*
Clem. Tus passos
seguimos: vèn, Serafina:
vamos, Alexandro. *vase.*
Alex. Vamos. *vase.*
Seraf. Ya te sigo: ay pena mia!
es por ventura mi alma
de bronce, ù de piedra fria,
que en polvo no la resuelve
tan lastimosa desdicha?
Salgan en largas corrientes
mis lagrimas detenidas.
Ay Carlos! oy te ha perdido
un alma, que en ti vivia.
Si ya mi dueño ha espirado,
mu-

mudos peces, que el mar cria
no despedaceis su cuerpo:
Delfines, que à la harmonìa
de voces, y de instrumentos
dais piedad agradecida,
sacad el cuerpo de Carlos,
que mis quexas repetidas
musica son lastimosa,
dichas mal, si bien sentidas:
mas què me quexo, engañando
mis confusas fantasìas?
Ojos llorad, callad lengua,
solamente el alma diga,
venga la muerte, pues ya,
sin Carlos no quiero vida. *vase.*

Voz. Ataja el bruto, que herido
en la espesura se ha entrado.

Voces. To, to, llama los Sabuesos.

Saliendo por una puerta, y entrandose por otra, y queda Flora con venablo.

Iren. Dexadle, porque mi brazo
quien le remate ha de ser.

Flor. El mio no: buen despacho
es querer, que venga yo
à verme entre sustos tantos.

Voces. Herida la fiera và,
y en el monte se ha calado.

Voz. Monteros, à la Princesa
seguid.

Iren. Dadme à mi un cavallo,
que yo al cerdoso animal
rendirè.

Voces. Al bosque, atajadlo.

Flor. Vaya muy enhorabuena.

Sale Morcon.

Morc. Quien demonios me ha engañado
en querer ser cazador?
huyendo del monte baxo,
que seguir à javalies,
es para podencos brabo:
por no ir à la guerra ayer,
como valiente Soldado,
hice lo que muchos, que es
saber dàr un tornillazo:
yo entre fieras? esso no.

Flor. Donde, Montero, ò Soldado,
huyendo vais?

Morc. Què sè yo;
aunque si sè: voy buscando
el quartèl de la salud.

Flor. Teneis miedo?

Morc. Tanto quanto;
y usted que me lo pregunta,
què hace aqui?

Flor. Estoy esperando
el Guardadamas.

Morc. Si usted
no lo dà por embarazo,
yo, aunque no guardè en mi vida
damas, secretos, ni quartos,
por guarda de essa belleza,
si gustais::-

Flor. Estais borracho?

Morc. No estoy, porque ha muchos dias,
que no lo pruebo; y si acaso
me embriagàra, solo fuera
de vèr en vos tantos rayos.

Flor. Atrevido, no veis que
soy del Cielo de Palacio?

Morc. Perdonad, que yo juzguè
hablar de tejas abaxo.

Flor. Soy mas de lo que pensais.

Morc. Yo no.

Flor. Sois hombre ordinàrio:
proseguid vuestro camino.

Morc. Aviendoos aqui encontrado,
he de quedaros sirviendo,
que aunque Morcon, soy honrado.

Salen el Principe, Ricardo, y un Criado.

Ricard. Por aqui dices que fue?

Criad. 1. Si señor, que yo esperando
estaba para avisarte.

Flor. Señor, seas bien llegado.

Ricard. Flora, y Irene?

Flor. Del monte,
en seguimiento se ha entrado
de una fiera.

Ricard. Seguirèla,
que no es razon::-

Dentro Carl. Cielo santo,
favor.

Ricard. Mas què es lo que escucho?

Carl. No ay quien me ampare?

Morc. Otro encanto

es este. *Ricard.* En el mar se oyò:
ola, no ay ningun criado
que sepa que es esso?
Sale Lisard. Yo,
gran señor, à lo que alcanzo
de la orilla del mar, es
un hombre que se ha escapado
de la tormenta, que oy
en esse golfo salado
ha avido, y sin duda està
en aquel solo peñasco,
pidiendo que le socorran.
Ricard. Id, socorredle en el barco.
Lisard. Señor, con la pesquerìa
està en el mar.
Ricard. Ha Soldado,
id, y socorred à esse hombre.
Morc. Señor, en mi vida he entrado
en agua, porque me dixo
un Astrologo afamado,
que me tengo de ahogar
si en agua entro.
Lis. En mis brazos yo,
señor, le sacarè.
Ricard. Premiaros ofrezco: vamos
à vèr si à Irene en el monte
puedo hallar. *vanse.*
Flor. Pues yo aqui aguardo.
Morc. Yo tambien. *Flor.* Lindo socorro!
Morc. Señora Flora, no es malo.
Flor. No gusto gasteis mi nombre.
Morc. Es, que yo soy herbolario,
y voy buscando unas flores.
Flor. Estais desacomodado?
Morc. Si señora, y si gustais,
con una racion, y al año
de vuestro color ponerme
una librea de paño,
estarè con vos. *Flor.* Andad,
que no gusto de lacayos.
Morc. Los lacayos de vos sì,
y segun tengo el olfato,
sois dama de menudencias.
Flor. No os he entendido, explicaldo.
Morc. Que de Sabado sois dama.
Flor. No lo entiendo.
Morc. Vamos claros,
que vuesamerced es mondonga:
entendeislo?
Flor. Quite el trasto,
y agradezca no aya quien
le mande matar à palos. *vase.*
Morc. Yo estimo mucho el favor:
alto, pues, veamos si acaso,
ya que à la guerra no vàs,
ni de Montero me hallo,
entre aquestos Pescadores
puedo servir de pescado.
Salen Alexandro, y Serafina vestidos humildemente.
Alex. Por què, Serafina, al monte
me sigues?
Serafin. Porque el enfado
de la playa, y de las redes
tràs ti me traen.
Morc. De aqui vamos
à vèr si algun Pescador
deste Morcon hace caso. *vase.*
Voces. Ataja, que de la cumbre
el cavallo desvocado
la despeña. *Seraf.* Favor, Cielos.
Alex. Què es lo que miro?
Voces. En su amparo
todos acudid. *Seraf.* Detente:
donde vàs?
Alex. A vèr si alcanzo
modo para remediar
tal desdicha.
Serafin. Tèn el passo,
que es impossible. *Alex.* Desvia,
bruto, ò me has de hacer pedazos,
ò no has de lograr tu intento. *Entrase.*
Serafin. Ay successo mas estraño!
no me bastan mis desdichas,
sino el vèr en riesgo tanto
à un hermano? mas ya llega,
y delante del cavallo,
con un pedazo de tronco,
què en el propio monte ha hallado,
le detiene, y el fogoso
animal desatentado,
con un corcobo la arroja:
què desdicha! mas llegando
Alexandro, gran fortuna!
la ha socorrido en sus brazos,
y por sendas diferentes

gente viene, Cielos santos,
retirome entre estas ramas,
que para mì no ay descanso,
pues ya todo me faltò
aviendo faltado Carlos.

Retirase, y sale Alexandro con Irene en los brazos.

Alex. Dichoso, señora, quien
pudo librar en sus brazos
vuestra divina hermosura;
y aunque vuestro sea el milagro,
aviendo la tabla sido,
que os escapò del naufragio
de esse animado baxèl,
que athlante de vuestros rayos,
llevando en vos todo el Sol,
quiso llevarle à su Ocaso:
mia serà la fortuna,
no vuestra, pues le aveis dado
merito para una dicha,
à quien naciò desdichado.

Iren. Dos veces agradecida
estoy, mancebo gallardo,
à vuestro socorro, una
por la vida, que aveis dado
à mi destino, y la otra,
porque noble, y cortesano
sabeis enseñarme à mì
las atenciones del garbo:
quien sois?

Alex. Quien ya desde aqui
no dirà, que desdichado
naciò, si para esta empressa
le tuvo el Cielo guardado.

Iren. No es esso lo que os pregunto:
como os llamais?

Alex. Alexandro.

Iren. Sois de Alexandrìa? *Alex.* No
señora, del Siciliano
Reyno soy.

Iren. Y à què venisteis?

Alex. Fue el venir aqui un acaso.

Iren. Còmo?

Alex. Como en un baxèl
veniamos embarcados
mi padre, mi hermana, y yo,
y en un escollo chocando,
porque ayrada una tormenta
nos conduxo à riesgo tanto,
se hizo pedazos, y solo
los tres del triste naufragio
salimos, perdiendo toda
la hacienda; pero què hablo?
no he perdido nada, puesto,
que supo guiarme el hado
donde gane mucho mas
quien ha merecido hablaros.

Iren. Conoceisme? *Alex.* No señora;
aunque sì os conozco, quando
veo, que sois la deidad,
que estos bosques ha ilustrado.

Iren. Sois noble? *Alex.* Juzgo que sì.

Iren. No es menester confessarlo
vos, porque vuestras acciones
dicen mas que vuestro labio:
aquesta joya tomad,
en pago de aver librado
mi vida.

Alex. No tomarè.

Iren. Por què?

Alex. Por no desayraros.

Iren. Desayrarme à mì?

Alex. Es constante:
no lo entendeis?

Iren. No lo alcanzo.

Alex. Ay paga para una vida?

Iren. Que aya à lo menos, aguardo
reconocimiento. *Alex.* Pues
esse es el premio mas alto:
si yo la joya tomàra,
grosseramente villano
ponia precio à vuestra vida,
y quedaba acreditado
de ser hombre vil, vendiendo,
à precio tan limitado,
la dicha de que quedeis
para siempre confessando,
que teneis que agradecerme,
que es el interès mas alto;
y assi, para que los dos
quedemos bien, escusadlo:
tened vos que agradecer,
que yo de aquesso me pago.

Sale Flora, y Criados.

Flor. Llegad, que alli la descubro.

Criad. 1. Con notable sobresalto

nos ha tenido tu Alteza.
Flor. Y yo por cuestas abaxo,
y cuestas arriba estoy,
sin poder menearme. *Criad. 2.* Vamos,
señora, à la Quinta, donde
te repares del cansancio.
Flor. El Principe anda en el monte
en tu busca. *Iren.* Cielos santos,
que aya en trage tan humilde
pensamientos tan hidalgos!
vamos, aunque no querais
paga de averme librado
del riesgo, os satisfarè
la vida que me aveis dado. *vans.*
Alex. Cielos, esta es la Princesa:
ya es mas dificil cuidado
el mio, pues era pobre,
y aora voy enamorado. *vase.*
Sale Seraf. Ya parece que se han ido,
y và tràs ellos mi hermano:
sola he quedado, (ay de mì!)
ò si pudiera en el llanto
anegar tantos suspiros,
que en el pecho rebentando
estàn por salir, y no
puedo de una vez echarlos!
Quien me dixera en Sicilia,
(ay perdido amante Carlos!)
que avia de verme, como
me veo, por tì llorando?
nunca yo te aconsejàra,
que vinieras disfrazado
en el baxèl, y dexàras
Patria, y hacienda: ò què daños
se originan de un error!
no era mejor, declarando
en Sicilia tus amores
à mi padre, y à mi hermano,
que huviera quedado yo
contigo casada? ay Carlos,
yo te perdì para siempre!
Para quando, para quando,
Cielos, la muerte guardais,
si al que la està deseando
parece se la negais,
porque sienta mas despacio?
Sale Ric. Perdido de los Monteros
todo el bosque he caminado
sin poder hallar à Irene,
y de la caza no alcanzo
el latido de los canes;
confiesso que estoy cansado:
por aqui::- pero què miro!
Seraf. Un hombre està aqui.
Ricard. Milagro
es de perfeccion: Serrana,
sabreisme decir (encanto
es de los ojos) si aveis
visto à Irene, que cazando
por estos montes andaba?
Seraf. No conozco à quien nombrado
me aveis; pero lo que he visto
es la gente que ha passado,
y una señora con ellos,
que de un furioso cavallo,
à no averla socorrido,
huviera sido theatro
infelìz esta espesura,
y à una Quinta la llevaron
para que se reparàra.
Ricard. Y fuisteis vos el milagro
de su despeño? que en vos
la deidad estoy mirando
de amor: venìs disfrazada,
nueva Diana, à estos campos
à robar los alvedrios?
quien sois?
Serafin. Solo à mi cuidado
le faltaba otro tormento.
Ric. No respondeis? *Seraf.* Cortesano,
vuestro camino id, que à vos
saber quien soy, escusado
serà. *Ricard.* No serà Aldeana.
Seraf. No os importarà escucharlo.
Ricard. Sì importarà, que mi amor::-
Seraf. Ocioso estais, id volando
adonde està essa señora,
y acudid à su reparo.
Ricard. Decid quien sois.
Seraf. Pescadora
de essa ribera. *Ricar.* No en vano,
que sois deidad presumì,
pues de esse golfo salado
Venus de la mar sereis.
Seraf. No os entiendo.
Dent. Lisard. En aquel llano

le descubro. *Seraf.* Gente viene:
à Dios, señor Cortesano.
Ricard. Contigo he de ir.
Serafin. Es ocioso,
que tengo de embarazarlo.
Ricard. Còmo ha de ser?
Seraf. Con la fuga. *Ric.* Oye, aguarda.
Salen Lisardo, y Carlos.
Lisard. Todo el campo,
y montaña hemos corrido,
gran señor, y no te hallamos
hasta aora: el infelìz,
que mandaste del naufragio
socorrer, tienes aqui.
Carl. Y à vuestras plantas postrado,
no sè como agradeceros
la nueva vida que alcanzo
por vos, sino con decir,
que aqui teneis un esclavo,
que os reconoce por nuevo
padre, pues que le aveis dado
la vida segunda vez.
Ricard. Còmo os llamais?
Carl. Señor, Carlos.
Ricard. De donde sois?
Carl. Soy de España.
Ricard. Còmo fue vuestro naufragio?
Carl. De una tormenta cruel,
en essas peñas chocando
el baxèl en que venìa,
gran señor, se hizo pedazos:
ay hermosa Serafina! *ap.*
si tu has muerto, porquè alcanzo
yo la vida, que sin tì
no la estimo?
Ricard. Avreis quedado
pobre?
Carl. Si señor, y aùn mas
de lo que puedo explicarlo.
Ricard. Sois noble?
Carl. Noble nacì,
señor, pues soy desdichado,
que de la nobleza son
patrimonio los cuidados.
Ricard. Vos, Lisardo, este diamante
tomad, por aver librado
à Carlos.
Lisard. Guardete el Cielo.
Ricard. Y tu vendràs à Palacio,
que gusto de que me sirvas.
Carl. Obedecer tus mandatos
serà mi mayor fortuna.
Ricard. De aqueste portento raro
de hermosura voy confuso:
y pues el trage villano *ap.*
me dice, que en la Ribera
la he de hallar, verè si acaso,
en la inquietud que padezco,
hallo el sossiego: el cavallo
me dad, Carlos, vèn conmigo. *vas.*
Carl. Ay Serafina! ay milagro
de hermosura! quien pensàra
verse en desconsuelo tanto
como me veo? Piadosos
Cielos, decidme si acaso,
pues conmigo generosos
esta vez aveis mostrado
tanta piedad, si mi dueño
de tan penoso naufragio
avrà librado la vida:
sobervio mar, que alterado
de las rafagas del viento,
montes de agua levantando,
te opones à las Estrellas,
dime si en el azul campo
de tu espuma, compassivo,
(si alguna vez lo has estado)
la Venus de la hermosura
ha sido infelìz theatro,
ò si acaso compassivas
tus Sirenas, restauraron
(haciendo de los cristales
ostentuoso Palacio)
su vida; pero ay de mi!
suspiros al ayre lanzo,
lagrimas doy à la tierra:
ò què en vano es, ò què en vano
querer que el Cielo, ni el Mar
se acuerden de un desdichado!
De mi casa, Serafina,
tu beldad me ha desterrado,
siguiendote en el baxèl
venìa (ay de mi!) juzgando,
que en Alexandrìa premio
tuviera vuestro amor casto;
pero de una vez la suerte,

el intento ha barajado.
Ha fortuna! què inconstante
para mì tu rueda ha andado,
pues quando quise pararte,
fixando à tu curso el clavo,
de la cumbre de la dicha
à lo infelìz me has baxado,
y sobre tantos disgustos,
anhelos, ansias, cuidados,
penas, afanes, disgustos,
riesgos, suspiros, y llantos,
fuera de mi Patria estoy,
sin Serafina me hallo:
pues para poder llevar
tal tropel de sobresaltos,
desdichas, no tan aprisa,
infortunios, mas despacio.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Morcon, Clemente, Lisardo, Doristo, Alexandro, y dos Pobres.

Clem. Alexandro, y Serafina?
Alex. Quedò remendando redes.
Clem. O Señor, quantas mercedes
debo à tu piedad Divina!
Alex. Tanto pobre à la ribera
acude, que es confusion.
Clem. Hijo, el darles es razon,
ojalà yo lo tuviera.
Lisard. Ya que generoso hiciste
de los bienes, que sacaste
del mar, desperdicio, baste:
ya obraste lo que pudiste:
hasta la piedra preciosa,
que en el Pez afable el Cielo
quiso encontràras, tu zelo
diò con mano generosa,
repartiendo su valor
à los pobres: hijos tienes,
guarda para ellos los bienes.
Clem. Dios es mejor Pagador,
à su cuenta han de vivir.
Dorist. Su zelo es admiracion.
Morc. Y à aqueste pobre Morcon,
que està cansado de oìr,
quando le llega su tanda?
Clem. Dos veces oy os he dado.
Morc. Què importa, si se ha gastado,
y buelvo con la demanda?
Pobr. 1. Clemente, de mi afliccion
te duele, que en todo oy
no he comido.
Clem. A darte voy,
que me has dado compassion.
Pobr. 2. Señor, tu limosna aguardo,
dame por amor de Dios.
Clem. Y què razon teneis vos;
perdonad lo que me tardo.
Morc. Yo recibo lindamente;
mas tambien lo doy despues,
pero la dadiva es
à mis tripas solamente:
dame limosna, señor,
conforme à mi calidad.
Pobr. 1. Conforme à tu necedad
pudieras decir mejor.
Alex. Ay Irene peregrina,
què desdichado nacì,
pues por pobre te perdì!
Oy no he visto tu divina
belleza: deudora eres
de una vida, que te he dado,
y yo sin ella he quedado:
tyrano amor, què me quieres?
Morc. Aquestos pobres gorristas
los tengo de espavilar:
oyen, vayanse à espulgar.
Los dos. Por què?
Morc. Porque son sopistas,
y tanto pedir es plaga:
cinquenta reales juntè
en una tarde.
Clem. Con què, Morcon?
Morc. Con sola una llaga.
Clem. Con què penosos cuidados
vivis! *Pobr.* 2. Que esto le consienta!
Morc. Vale una llaga de renta
cerca de dos mil ducados:
es la fortunilla varia:
ay quien tiene en su afliccion
una gentìl comission,
si entona bien la plegaria,
y con esta vida fiel
muchos pobres comen pabos,
que

que suelen caer ochavos,
como moscas en la miel.
Clem. Amigos, para que acierte
à vèr pròdigo este mar,
venid à verme pescar,
y à Dios pido, que esta suerte
de provecho alguno sea,
porque todo bien os haga.
Los dos Pobres. Irèmos,
y de la red tiraremos,
quando ya llena se vea.
Morc. Yo tambien he de assistir
para verlos trabajar.
Dorist. Lisardo, vamos al mar.
Lisard. Exemplo dà su vivir.
Vanse, y queda Alexandro.
Alex. Azia esta selva florida,
que cerca la Quinta tiene
de la hermosura de Irene,
y con su luz la dà vida,
quiero nuevo Girasol
acercarme: albricias pido,
que ya el Alva le ha corrido
las cortinas à su Sol.
Sale Irene, y Flora.
Iren. Flora, en la Quinta diràs,
que prevengan la jornada
para bolverme à la Corte.
Flor. Dirèlo como lo mandas.
Alex. Lo mismo, señora, ha sido
oìr que ausentarte tratas,
que el delinquente, que escucha
la sentencia, que le aguarda:
tan presto el dia, señora,
que aquesta esfera ilustraba,
nos dexa?
Iren. Alexandro, sì,
que vive muy desayrada
la que acreedora se mira
de la deuda, que no paga:
vos no admitis recompensa.
Alex. Ay, que no podeis pagarla.
Iren. Por què?
Alex. Porque es impossible.
Iren. No os entiendo.
Alex. Es la desgracia,
que no podeis entenderme.
Iren. No sè què siento en el alma,
despues que vì en Alexandro
tan ayrosa la arrogancia,
tan cortesano el discurso,
tan sin afecto la gala,
tan modesto en las acciones,
que pienso, que::- pero es vana
fantasìa, que el hallarme
à su valor inclinada,
es, porque negar no puedo,
que la vida restaurada,
que gozo, por èl la tengo.
Alex. Aora V.Alteza calla?
Iren. Què he de hacer, si vos decis,
que à vuestra deuda no ay paga?
No tengo que daros puestos?
mirad, en què se empleará
vuestra persona mejor,
que con el Principe alcanza
mucho mi favor.
Alex. Ay Cielos,
que aquessa es la mayor causa
para que sienta, y suspire,
y os hiciera el escucharla
dissonancia, gran señora.
Iren. Yo admito la dissonancia.
Alex. Si de las inclinaciones
los hombres dueños se hallàran,
quien fuera tan atrevido,
señora, que no intentàra
en la igualdad del objeto
la inclinacion, que le arrastra,
poner la mira? Los hombres
tenemos mucha desgracia
en no elegir nacimientos:
nacì pobre, vos tan alta,
respecto de mi baxeza,
quanto và de mucho à nada:
soy humilde Pescador,
vos Princesa soberana,
y aunque mi sangre es ilustre,
à la vuestra no se iguala:
pues què quereis que pretenda,
si lo que desea el alma
no se puede conseguir?
discreta sois, esto basta.
Iren. No sè què he de responderle.
Què es esto, que por mì passa,
que lo que la deuda inclina,

el

el decoro lo embaraza?
Alexandro, no he entendido
de vuestro labio las ansias,
y antes estoy persuadida,
que de vos apoderada
alguna locura està.
Alex. Bien decìs, y tan tyrana,
que reyna de mis sentidos,
el alvedrio avassalla.
Iren. Bolved en vos.
Alex. No es possible.
Dentro voces. Iza, la red fuera vaya.
Otros. Iza.
Iren. Què voces son essas?
Alex. Pescadores, que en la playa
la red, que al mar entregaron,
à la orilla la trasladan.
Iren. Y còmo vos no acudìs?
Alex. Pues en otro mar mis ansias
juzgaron hallar el puerto,
que ha perdido mi esperanza.
Iren. Y aun yo tambien la he perdido: *ap.*
Alexando, ya que avara
la fortuna anda con vos,
à mi me toca enmendarla:
procurad vuestros aumentos,
que lo que os doy mi palabra,
es, que estè de vuestra parte
en lo que possible aya
lugar: esto es lo que ofrezco,
quedad con Dios. *vase.*
Alex. O mal aya
quien à humilde nacimiento
le dà presuncion tan alta!
pero tengamos cordura,
no despeñandose vayan
tan del todo mis acciones:
vamos, pues, àzia la playa,
aunque à tanto fuego, Cielos,
todo el mar es poca agua:
mi padre està en la ribera,
y los pobres le acompañan.
Saldràn los pobres, Lisardo, y Doristo tirando la red, y se descubrirà la marina.
Pob. 1. Iza, que sale la red.
Pob. 2. Llena debe de salir.
Morc. Ya yo me quiero rendir.
Dorist. Del cansancio?
Morc. No, de sed.
Clem. Animo todos tened.
Lisar. Por què no tiras, Morcon?
Morc. Porque soy pobre poltron,
mas trabajo yo animando,
que no vosotros tirando:
iza, pues, iza. *Pob.* 1. Ha ladron,
como huyes del trabajo!
Clem. De la red el copo veo
tan lleno como deseo;
hijos, sacad mas abaxo
la red, en tanto que atajo
el suelo de aquesta playa,
porque al agua no se vaya
el pescado.
Sacan la red llena de caxas, y cofrecillos.
Alex. No has mirado,
que no ay en la red pescado?
Morc. O plegue à Dios que lo aya!
Clem. Caxas son, si no me engaño:
no me engaño, caxas son:
Cielos, nueva admiracìon
causa lance tan estraño!
Morc. Busca aprisa el desengaño;
tortugas, y ostras seràn
las que en essa red estàn,
porque son pezes con caxas.
Lisard. Calla, pues que no trabajas.
Morc. Mi lengua no es holgazan.
Clem. Llega, Alexandro, à mirar
quanto perdì en el navìo,
que aora buelve à ser mio:
obras de Dios, à pesar
de la sobervia del mar:
con razon en Dios espero,
las caxas son del dinero,
y de las piedras preciosas.
Tod. Obras son maravillosas.
Clem. Pobres, abrazaros quiero,
vosotros sois hijos mios,
los que tirando essas redes
conseguis tantas mercedes
en los mares, y en los rios,
que mis locos desvarìos
hechos, assi en el Invierno
de mi edad, como en el tierno

Abril, jamàs merecieran,
que tan liberales fueran
las manos de Dios eterno:
Señor, què buen pagador
sois de aquello que debeis!
solamente vos podeis
hacer la paga mayor.
Lisard. Quien no admira su fervor?
Dorist. Es de la piedad portento.
Los Pobres. Señor, de vuestro contento
què hemos de participar?
Clem. Venid, que yo os quiero dàr,
como Dios, por uno ciento.
Alex. Padre, supuesto que estàs
rico; en este alegre dia
vamonos à Alexandrìa,
que allà mas pobres tendràs:
y yo ocasion tendrè mas *ap.*
de vèr à mi Irene.
Clem. Es llano,
porque el pobre es un hermano
del rico.
Morc. Y es evidente,
yo soy el mayor pariente.
Alex. De tì, si estuvieras sano,
me sirviera.
Morc. Sano estoy:
mas por què me has escogido?
Alex. Porque humor te he conocido.
Clem. Vèn, Lisardo.
Lisard. Tràs tì voy.
Clem. Vamos, Doristo.
Morc. Si voy
sirviendote, enmendarè
mis costumbres, y serè
un arrepentido pobre.
Clem. Para que todo me sobre,
todo à mi Dios le darè.
Vanse todos, y salen Ricardo, y Carlos.
Ricard. Mientras mas veces la veo
mas conozco su valor,
y al conocimiento creo
que le es debido mi amor,
y al amor todo el deseo;
y asi, Carlos, pues has sido
del ciego niño flechado,
no en vano de tì he querido
fiar todo mi cuidado.
Carl. Siempre servirte he querido.
Ricar. Mira, el sol por quien suspira
mi pecho, y mi voz suspende,
la Pescadora es, que admira
la que redes de oro tiende
sobre el alma que la mira.
Carl. Rebolverè en mi memoria
mi triste, y passada historia,
para pintar mas al vivo
tu pasion.
Ricard. Oy muero, ò vivo:
Amor, dame la victoria.
Sale Serafina.
Serafin. A ti vengo, Mar salado,
como à sepulcro en quien hace
sus exequias mi cuidado,
nuevo Leandro, en ti yace
en amor, y agua anegado.
Repara Carlos.
Carl. Imagen es confusa del deseo.
Seraf. Ilusion es de amor, y de los ojos.
Carl. Alma, es esto verdad, ò son antojos?
Seraf. Es fantastico bien este que veo?
Carl. Conozco mi desdicha, y no lo creo.
Seraf. No renoveis, engaños, mis enojos.
Carl. O muerte, no me enseñes tus despojos!
Seraf. Memoria, basta ya tu devanèo.
Carl. Què miro! no es aquesta Serafina?
Seraf. Carlos, no es este, que perdido lloro?
Carl. Me conoces, imagen peregrina?
Seraf. Sì, que eres vida tu del bien q̃ ignoro.
Carl. No me mates, placer: mi luz divina?
Serafin. Mi dueño?
Carl. Viva estàs.
Serafin. Viva, y te adoro.
Ricard. O què bien se ha introducido!
por hombre del Mar le tiene:
buen fin espero. *ap.*
Serafin. El olvido,
què accion, ni derecho tiene
à tanto amor?
Carl. Solo pido
tu amor, que despues de verte
de los brazos de la muerte
libre, no quiero otro bien
sino amarte.
Serafin. Yo tambien
amarte, y obedecerte.

Carl. Tener vida no creì,
y por muerta te juzguè,
ya dos vidas ay en mì,
la que del mar escapè,
y la que descubro en tì:
en otro abismo profundo
han dado ya nuestras vidas,
y no es menor el segundo,
porque nunca estàn cumplidas
las falsas glorias del mundo:
Ricardo, el Principe, à quien
yo sirvo, te quiere bien,
y à solicitar me embia
tu hermosura.

Serafin. A essa porfia
llamas abismo tambien?

Carl. A essa duda de tu amor
no llamo yo abismo nuevo,
que es mas noble mi temor,
porque soy criado, y debo
no engañar à mi señor:
si le digo la verdad,
causaràle enemistad,
y temo la muerte fiera.

Ricard. El ceño muda, y altera:
sin hacer curiosidad
he de hacer que me passeo
por si la pudiesse oìr.

Passeandose, y escuchando.

Serafin. Essos sucessos no creo.

Carl. Equivoca has de decir,
mi bien, lo que yo deseo:
si tu le tienes amor,
vivirà contra el rigor
del tiempo.

Serafin. Perpetuamente
le amarè.

Ricard. Fortuna, tente,
no me enloquezca el favor,
que ha de amarme, està diciendo,
perpetuamente, vencer
su fortaleza pretendo,
y en dudar tanto de mì
esta vitoria, me ofendo.

Hablan los dos recatandose.

Serafin. Si es de alguna calidad
mi consejo, no detengas
à Ricardo esta verdad,
nada pierdo aunque me tenga
una honesta voluntad:
dile como tu has de ser
mi dueño, y esposo.

Carl. Arder
podrà en zelos, y en amor.

Serafin. El daño serà mayor,
si despues lo ha de saber:
con mucha facilidad
haràs que su amor mitigue,
que al hombre de calidad
no ay cosa que mas le obligue,
que decirle la verdad.

Ricard. Sola una vez me ha mirado,
que de amor, y de verguenza
los ojos no ha levantado;
pues à querer me comienza,
quiero como enamorado
escucharlos.

Carl. Razon tienes,
que el Principe mi señor
es gran Cesar.

Ricard. Muchos bienes
le dice de mì.

Carl. Y amor
vendrà à coronar tus sienes.

Serafi. Esse avrà siempre en mi pecho.

Ric. No ay que dudar, esto es hecho,
amarme le ha prometido,
de mi calidad ha sido
su duro marmol deshecho.

Serafin. Y asi la verdad le dì.

Carl. Harèlo asi: à Dios, mi bien;
me has de amar?

Serafin. Digo que sì.

Carl. Y te podrè hablar?

Serafin. Tambien.

Carl. Quando?

Serafin. Siempre.

Carl. A donde?

Serafin. Aqui. *vase.*

Ricard. Ya se puso el sol que via,
à cuyos rayos me quemo,
y asi passò el alma mia
de un extremo en otro extremo:
noche es ya lo que era dia:
triste vienes.

Carl. Pues me viste,

lo

lo que responde supiste,
que el rostro del mensajero,
suele decirnos primero
si es la nueva alegre, ò triste.
Ricard. Finges, Carlos?
Carl. Si à tu llama
traygo remedios agenos
del deseo de quien ama,
ocasion traygo à lo menos
de mas gloria, y de mas fama:
oy puedes exercitar
una virtud singular.
Ricard. Qual es?
Carl. La magnificencia,
que es de mayor excelencia,
que ser amado, y amar:
y pues el estorvo desto
es el amor manifiesto,
que à otro tiene, que le dès
muerte te pido.
Ricard. Y quien es?
Carl. Yo, que à tus pies estoy puesto,
si es la vitoria mayor
la que alcanza de sì mismo
el hombre: mira, señor,
que en esse profundo abismo
vida me diò tu favor;
y pues que tu me has librado
de esse pielago salado,
no me dès, con no vencerte,
otro genero de muerte
mas breve, y mas desdichado:
la que amè en Sicilia yo,
me mandas que solicìte,
el agua la perdonò,
y no es bien que otro me quite
lo que el mar no me quitò.
A hablarla fui descuidado,
viva sin pensar la vì,
quedè alegre, y admirado,
y al fin, à tus pies bolvì
confuso, y enamorado.
Divierte con otro objeto
mas hermoso, y mas perfeto
essa liviana aficion,
que en esto hace distincion
del necio el hombre discreto:
à muger fuerte combates,
y yo, como enamorado,
que de proseguir no trates
te pido, y como criado
te suplico, que me mates:
à las dos cosas estoy
obligado, tuyo soy,
pues que la vida me diste,
y ayer tu hechura me hiciste,
deshacerme puedes oy.
Ricard. Con quanta satisfacion
juzgaba yo su aficion,
siendo de Carlos, por mia!
pero en fin; este es el dia,
que he de igualar à Scipion:
estàs muy enamorado?
Carl. Honestamente la adoro.
Ricard. Quiere ella?
Carl. En igual grado;
pero guardando el decoro
al fin à que es ordenado,
ser su esposo pretendì,
pero el intento encubrì,
porque pobre me hizo Dios,
mas ya lo estamos los dos.
Ricard. Y pensais casaros?
Carl. Sì.
Ricard. Accion heroyca ha de ser,
Carlos, esta à mis antojos:
la razon ha de vencer,
padezcan, ò no mis ojos:
ama en paz à essa muger.
Carl. Dexa que bese tus pies.
Ricard. Levanta, y asi no estès;
yo te harè rico.
Carl. Quien tiene
tal señor!
Sale un Criado. Ya se fue, Irene.
Ricard. Despechada muger es:
el poco amor que en mi viò
la obligò à partir sin mi:
y podrè alcanzarla?
Criad. Sì. *Ricard.* Vèn, Carlos.
Carl. Dichoso yo,
que tanto bien merecì.
Vanse, y sale Morcon de gala.
Morc. Esta casa de placer,
que fuera està de la Corte,
y al passo de Mira-Flor,

es donde el bullicio corre,
el nuevo amo à quien sirvo,
y me sacò de ser pobre
con quitarme de pedir;
Mayorazgo de bribones
ha tomado, porque dice,
que para exercer lo noble
de su caridad, es sitio
mas à su gusto conforme;
y dentro de la Ciudad
otra casa se dispone,
antes que el Emperador
llegue con todo lo noble
de su campo, porque quiere
tener ambas diversiones
de vivir afuera, y dentro:
èl es un bendito hombre,
pues lo que tiene reparte,
llamando hijos à los pobres:
quien me viere tan galàn,
no dirà, este es señorote
de mucha suposicion?
no ay duda: ò lo que supone
un picaro bien vestido!
que oy en el mundo, señores,
el noble pobre es villano,
y el villano rico es noble;
pero aquesto no es del caso,
mis dos amos vienen: voyme
à vèr si me mandan algo.
Sale Serafina, y Alexandro de gala.
Alex. Morcon?
Morc. Señor?
Alex. Sabes donde
mi padre saliò?
Morc. Discurro,
que à vèr si en el mundo ay pobres,
que como èl viva cien años,
no ha de averlos.
Serafin. Sus acciones
son exemplo de virtud:
no sè, Cielos, como informe *ap.*
à Carlos de que aqui estoy,
que bolveràn sus amores
à buscarme à la ribera:
no diràs, què suspensiones
tienes, Alexandro?
Alex. Sì, que no es justo que lo ignores;
ya sabes, que desde que
vì de Irene los dos soles::-
pero, Morcon, salte fuera.
Morc. Asi lo harè: estos señores
amos, como soy criado
catecumeno, no corren
con las burlas del gracejo.
Alex. No te vàs?
Morc. Voyme, y revoyme. *vase.*
Alex. Quedè à su cielo inclinado:
ya veo, que no es conforme
mi amor à su calidad;
pero en las inclinaciones,
lo que dominan los Astros
no pueden vencer los hombres:
desde que de su despeño
fui dichosamente noble,
quien al Faeton de sus luces
supo parar los rigores,
quedè abrasado en su llama,
y aunque generosa entonces
pudo pagar con agrados,
que son de los superiores
los premios, que à poca costa
hacen amados sus nombres,
torciendo al premio el camino,
à mi valor dar dispone
una joya, y yo la dixe,
mal, señora, las acciones
heroycas se conocieran
entre las que no suponen
tanto, si à tan corto precio
paga tuvieran: entonces
darme à entender quiso (ay Cielos!)
que à sugetos inferiores
solo con los intereses
satisfacen los señores:
Ya conozco, Serafina,
de mi locura el desorden,
y que mañana en bolviendo
el Emperador, dispone,
que con Ricardo heredero
de su Imperio, se coronen
con Irene las vitorias,
que canta la fama en voces;
y asi, triste, y pensativo
con mis imaginaciones,
ni sè si vivo, ò si muero.
Serafin.

Serafin. Alexandro, pues conoces,
que es impossible lograr
tan rendidas atenciones,
procurate divertir,
desecha tantas passiones,
que donde està la razon,
la voluntad no supone.
Alex. Serafina, como tu
no entiendes de los rigores
del amor, consuelos hallas.
Seraf. Pluguiera à Dios, que tus voces
la verdad dixeran. *ap.*
Dentro voces. Para.
Alex. Què ruido es este?
Sale Morc. Señores,
la Princesa, quando menos,
ha llegado.
Iren. Dexa el coche,
que en esta casa esperar
la familia quiero.
Morc. Corre,
señora, y à recibirla
sal à la puerta, no note
la grosserìa. *Alex.* Ay de mì!
Morc. No te detengas.
Alex. Temores
combaten mi pecho, sal,
Serafina, y de tus voces
reconozca el agassajo.
Serafin. Pues mientras que tu te escondes,
yo llegarè.
Alex. Sin mi estoy
entre dudas, y temores.
Salen Irene, y Flora.
Iren. Valgame Dios!
Flor. Què ha sido? te has hecho mal, señora?
Iren. El pie he torcido
al apearme.
Serafin. Mucho me ha pesado,
señora, quando à veros ha llegado
aqueste humilde espacio,
que con vuestra presencia haceis palacio,
con azar aya sido à tu belleza:
se ha hecho mal acaso vuestra Alteza?
Iren. Yo os estimo el cariño,
algo sentido el pie ha quedado.
Alex. Desdichado he sido,
pues siempre con afan tengo el contento.
Iren. Yo quiero descansar, dadme un asiento.
Morc. Aqui està.
Iren. Mientras tanto harèmos hora,
hasta que llegue la familia, Flora.
Flor. Sientome yo tambien:
que siempre vengas
corriendo por el campo, y te entretengas,
con venir en un coche moledero,
sin temer uno, y otro batidero,
à pique de que un buelco te maltrate,
y à mi tambien me mate,
dexando la familia atràs cansada?
Morc. Si no me engaño, aquesta es la criada
que en la vatida vì.
Iren. Cansada vengo,
agua me dad.
Serafin. Con ella al punto vengo.
Alex. Pues el caso esta ventura fragua,
yo he de ser quien la sirva con el agua.
Iren. Gentil-hombre?
Morc. Por mi os hablò la fama.
Iren. Quien es, decidme, aquesta hermosa dama?
Morc. Es hija de Clemente,
de todo el mundo el hombre mas prudente,
afable, liberal, y limosnero,
y por su sangre grande Cavallero.
Iren. Ha mucho le servìs?
Morc. Yo discurria,
que vuestra Alteza considerarìa,
viendo alabar al amo su criado,
que era el primero dia que le ha entrado
à servir; y aquesto es maravilla,
que todos professamos de cartilla
mormurar en lo propio, y en lo ageno
del amo, lo que es malo, y lo que es bueno.
Serafin. Para beber vuestra Alteza,
(perdone el atrevimiento)
tome unos dulces.

Sale Serafina con una fuente de dulces.

Iren. Si harè,
y en mucho estimaros debo
el agassajo: tu, Flora,
toma.
Dale Irene à Flora dulces.
Flor. Venga, que en efeto,
por concomitancia el susto

tambien he passado. *Morc.* Quiero
introducirme en los dulces;
y para aqueste Escudero,
de aquessas manos, de alcorza
no avrà un mazapan?
Flor. Grossero
Lacayo. *Morc.* Señora Flora,
todavia dura el ceño,
que en el bosque me mostrasteis?
Sale Alexandro con una copa, y tohalla.
Alex. Turbado, y temblando llego:
beba vuestra Alteza, aunque
no sea tan digno el dueño,
que para serviros tenga
debidos merecimientos,
pues à milagro tan grande,
à tan divino portento,
fuera poco todo el Sol
para servir de copero.
Iren. Discreto sois, dadme el agua.
Repara en èl.
Valgame el Cielo, què veo!
no es este hombre parecido
à Alexandro? *Morc.* Què es aquesto?
passito de suspension.
Iren. Es esta ilusion, ò sueño?
Alex. Bien podeis beber, señora,
sin escrupulo, y sin miedo,
que la lealtad que os la sirve,
en el cristalino espejo
de la copa se ha mirado,
para que llegue su zelo
con lealtad, y con amor:
perdonadme lo grossero
del estilo, y advertid,
que aunque sea turbio el concepto,
es tan clara su verdad
como el agua, por lo menos.
Morc. Què hace de estàr con el vaso
si la bebo, ò no la bebo?
Flor. De què se avrà suspendido
mi ama?
Iren. En el brio, en lo atento,
y en toda la semejanza
es Alexandro: no acierto
à darme por entendida.
Flor. Señora, bebes? *Iren.* Ya bebo;
y lo que me he detenido,
es, por estàr discurriendo,
que aunque el agua està tan clara,
suele à veces el deseo
con que se bebe, hacer mal;
y assi reprimirle quiero,
bebiendo poco: tomad,
que para el ardor que siento,
ya he bebido con los ojos
todo lo que al labio niego:
no sè como me declare, *ap.*
sin darlo à entender. *Morc.* Es juego
lo que passa entre los dos?
Seraf. El vèr à mi hermano, Cielos,
la ha dexado suspendida.
Iren. Sois vos de esta casa el dueño?
Alex. Fuilo antes que vos pisarais
aqueste alvergue grossero:
despues de pisarle, no,
que si del criado el premio
es servir à su señor,
ya he logrado, por lo menos,
aunque en tan poco, serviros;
y si es debido respeto
dar el vassallo à su Rey
hacienda, y vida por feudo,
siendo Reyna, y yo vassallo,
nada es mio, y todo es vuestro.
Iren. A vuestra sofisterìa
responder pudiera el dueño,
pero no es del caso aora:
de rabia, y de zelos muero:
aquesta debe de ser *ap.*
su dama, ò su esposa.
Morc. Quiero,
señora Flora, pues es
del quarto del primer cielo,
preguntar, què entiende de este
alegorico concepto?
Flor. Entendemos las deidades
los terminos palaciegos;
pero en estando en la Villa,
el lenguage no entendemos.
Iren. Còmo os llamais?
Serafin. Serafina.
Iren. De esta suerte apuratèmos,
ideas, las confusiones: *ap.*
y sois casada? *Serafin.* No tengo

hasta aora libre alvedrìo,
gran señora, para serlo.
Iren. Pues por què?
Serafin. Porque aora està
à la eleccion de otro dueño.
Iren. Quien dominio tiene en vos?
Serafin. El padre que me diò el Cielo,
y despues mi hermano. *Iren.* Quien
es vuestro hermano?
Alex. El que puesto
està, señora, à tus pies
segunda vez.
Iren. Ya con esto *ap.*
se han templado mis fatigas:
vos, còmo os llamais?
Alex. Tan presto,
señora, desconoceis
los que son vassallos vuestros?
mas no me admiro, que como
la fortuna, en lo supremo
de su rueda, os tiene à vos
por deidad de su manejo,
no padeciendo inconstancias,
no ay que estrañar de su ceño,
viendoos en seguridades,
no os acordeis de despeños.
Iren. Sois vos Alexandro? *Alex.* Si
señora. *Iren.* Como os veo
de Cortesano en la Corte,
quando ha tampoco, que os dexo
de rustico Pescador,
no es mucho; mas saber quiero,
como dexando la playa,
os hallo con tan diverso
modo de fortuna? *Alex.* Còmo?
Piadoso, y pròvido el Cielo
hizo sacasse en la red,
que al mar entregò el desvelo
de mi amado padre, en vez
de peces, todo el dinero,
y joyas en unos cofres,
(maravillas del Eterno
Poder) pues hizo, que el mar,
ladron del tesoro nuestro,
restituyesse lo hurtado;
si ya no fue, que atendiendo
à las piadosas entrañas
del anciano padre nuestro,
porque tuviera que dàr
à los pobres su desvelo,
como à Tesorero suyo
bolviò à fiarle el manejo;
y assi, à mi instancia, señora,
dexando el afan del remo,
à Alexandrìa venimos:
aqueste ha sido el sucesso
de desconocerme vos.
Iren. Mucho de veros me alegro
en mi Corte, y conocer
à Serafina, à quien tengo
de llevar à mi Palacio,
porque desde oy sus aumentos
han de correr por mi mano.
Serafin. A vuestros pies agradezco,
señora, tantos favores
como haceis, sin merecerlo,
à esta humilde esclava vuestra.
Alex. Yo, señora::-
Iren. Nada quiero,
que me digais, Alexandro,
y empezar à pagar debo,
en la parte que es possible,
la atencion de mi respeto.
Alex. Si aveis de pagar, señora,
la voluntad::-
Iren. Nada entiendo
de voluntad, que no sea
hacer lo mejor. *Alex.* Què necio
es el acreedor, que quiere
cobrar del Supremo Dueño
en alhajas impossibles!
Morc. Mi señor viene, yo quiero
avisarle: Señor, mira,
que en nuestra casa tenemos
à la Princesa.
Sale Clem. Dichoso
mil veces, señora, el centro,
que merece os acordeis
de honrarlo, y favorecerlo,
mis hijos, vida, y hacienda
estàn al servicio vuestro.
Iren. Un acaso me obligò
à pararme aqui, y me alegro,
pues he visto en Serafina
agassajo, entendimiento,
y hermosura; y al fin vì

le

lo que yo desear puedo,
y al instante que à la Corte
llegue mi tio, prometo
à Serafina llevarme
à Palacio: y tambien quiero
mandar à mi primo cuide
de que todos los aumentos
de Alexandro, sean conforme
èl merece, y yo deseo.

Alex. A mì, señora, me basta
aquesse deseo vuestro
para hacerme muy dichoso,
y otro favor no pretendo.

Voces. Aqui se apeò su Alteza.

Dentro Ricardo, y Criados.

Ricard. Tèn el cavallo. *Flor.* Ligero
tu primo el Principe llega,
con el acompañamiento
de carrozas, y criados.

Alex. Para que muera de zelos,
el Principe aora llega.

Sale Ricard. Poco, señora, merezco
con vuestra Alteza, pues hace
desperdicio de mi obsequio
en no querer admitirle.

Iren. Què decìs? que no os entiendo.

Ricard. Que con toda la familia,
quando hallaros considero
en Miraflor, os venìs,
quitandole à mis cortejos
la vanidad, de que vaya
al estrivo, haciendo aprecio
de mayor Cavallerizo.

Alex. Huvo mas desdicha, Cielos,
que estàr mirando à un dichoso
un desdichado! *Flor.* Ya es tiempo,
señora, de que nos vamos.

Iren. Bien dices, vamos.

Serafin. Primero,
señora, me permitid,
que os bese la mano, en premio
de aver tenido la dicha
de este acaso.

Iren. No os la niego:
tomad, y despues los brazos.

Ric. Cielos, què escucho, y què veo!
no es aquesta semejanza
de aquel hermoso portento,
que ya por Carlos olvido?
absorto estoy, y suspenso.

Iren. Quedad con Dios.

Alex. El os guarde.

Clem. Desde oy mi casa aveis hecho
Palacio, que el Sol embidia.

Iren. Donde vais, Principe?

Ricard. Atento
à desquitar una dicha
con otra. *Iren.* No lo consiento:
quedaos.

Ricard. Esso es desayrarme.

Iren. No sè lo que es, solo os ruego,
y os mando, que aqui os quedeis:
Ay Alexandro, quien dueño
se hallàra de su alvedrìo,
para que el lugar que niego
à Ricardo, le ocupàras!

Vase Irene, Flora, y acompañamiento, y queda Ricardo.

Voces. Llegad la carroza. *Flor.* Fresco
el Principe se ha quedado.

Alex. Ausentòse el Sol del Cielo,
y me ha dexado en la noche
infelices escarmientos.

Clem. Alexandro, Serafina,
venid. *vase.*

Serafin. Ya yo te obedezco:
mucho el Principe me mira,
y à Carlos con èl no veo,
con mucho cuidado estoy:
que no pueda hallar el medio
de avisarle! *vase.*

Alex. Amor tyrano,
vamos à sentir tormentos. *vase.*

Morc. El Principe se ha quedado:
sin duda quiere, que el dueño
desta casa le combide
à cenar.

Ricard. Ha Hidalgo. *Morc.* Menos
soy que Hidalgo.

Ricard. Ha Gentil-hombre.

Morc. Gentil? soy Christiano viejo.

Ricard. Sois Page?

Morc. No lamo platos.

Ricard. Sereis Lacayo.

Morc. Acabemos.

Ricard. Quien es dueño desta casa?
Morc. Es della dueño mi dueño.
Ricard. Còmo se llama, os pregunto?
Morc. Llamase, señor (yo quiero
engañarle) Don Tiburcio.
Ricard. Y el apellido?
Morc. Marruecos.
Ricard. Marruecos?
Morc. Sì, gran señor,
que de allà vino su abuelo.
Ricard. Decidme, y aquesta dama::-
Morc. Ya picò el pez en el cebo:
alcahuete quiere hacerme.
Ric. Que es de hermosura portento,
como se llama?
Morc. Leoparda.
Ricard. Raro nombre!
Morc. Es de otro abuelo.
Ricard. Es casada?
Morc. Señor, si.
Ricard. Con quien?
Morc. Con un Cavallero.
Ricard. Còmo se llama, os pregunto?
Morc. El Cavallero de Olmedo:
Principe preguntador,
dexadme.
Ricard. Id con Dios.
Sale Carlos.
Carl. Ya puesto
tienes el cavallo.
Ricard. Ay Carlos!
si huvieras llegado à tiempo,
huvieras visto un milagro,
huvieras visto un portento.
Carl. En quien?
Ricard. En una muger
tan parecida en lo bello
à tu Dama Serafina,
que à no saber quan diverso
modo de fortuna goza,
dixera que es ella.
Carl. Ay Cielos!
que en el puesto que me dixo,
que me aguardaba, el desvelo
de un cuidado no la halla.
Ricard. Y pues, hidalgo, mi pecho,
à tu Dama te dexò,
tu has de hacer por mi, que el Cielo
desta belleza conquiste.
Carl. Servirte, señor, prometo.
Ricard. De un criado de la casa,
que es casada supe.
Carl. Intento
me digas como se llama.
Ricard. Leoparda.
Carl. Nombre estrangero
debe de ser.
Ricard. Vamos, Carlos.
Carl. Ya te sigo. Quando el ceño,
Serafina, de mi estrella
hallarà en tus brazos puerto!

JORNADA TERCERA.

Salen Ricardo, y Don Ramon, y Clemente.

Clem. Seas, señor, bien venido.
Ram. Dame, Clemente, los brazos:
dias ha que no nos vemos.
Clem. Apenas supe en Palacio
veniais Embaxador
de España, quando buscando os
venìa, y el alborozo
las palabras me ha embargado:
señor, pues què novedad
os ha traìdo?
Ram. El Tratado
de las Paces he venido
à efectuar, y el hallaros
estraño, en Alexandria.
Clem. Son sucessos muy estraños
los que han passado por mi.
Ram. Serafina, y Alexandro
estàn buenos?
Clem. Si señor,
para serviros estamos
ellos, y yo; mas quisiera
que me dixesseis de Carlos.
Ram. Si vos no lo preguntarais,
yo no os le huviera nombrado;
porque à mi amor, y cariño
le tiene muy enojado.
Clem. Pesame de averlo oìdo.
Ram. Desde que en sus tiernos años
os le pedì, y le criè,

ſiendo para todos quantos
le trataron hijo mio,
conmigo fue tan ingrato,
que me dexò, pienſo, que
de una Dama enamorado.
Sentilo como es razon,
pues docil, y corteſano,
y afable, tanto lugar
ſe ſupo hacer, que à mi lado
grangeò de nobleza, y plebe
con el cariño el aplauſo;
y aunque varias diligencias
en ſu buſca he hecho, no he hallado
noticia ninguna dèl.

Clem. Peſame averlo eſcuchado,
porque no quiſiera yo,
que os huviera dado enfado
ſu proceder: y aqui viene,
ſeñor, mi hijo Alexandro.

Salen Alexandro, y Morcon.

Morc. Aqui eſtà tu padre.

Clem. Llega.

Alex. A vueſtras plantas poſtrado,
ſeñor Don Ramon, teneis,
quien debido corteſano,
llega à tener por blaſon
ſer de vueſtra caſa eſclavo.

Ram. Levanta, Alexandro: què haces?
llega, llegate à mis brazos,
que he eſtimado tanto el verte,
como ſi viera::-

Alex. A Palacio
llega ya el Emperador.

Ram. A recibirle ſalgamos.

Salen el Emperador, Irene, Ricardo, Flora, y acompañamiento.

Iren. Apenas, ſeñor, poneis
en Alexandrìa el paſſo,
quando porque os vea el Pueblo,
olvidais tanto el deſcanſo,
que de Palacio os ſalìs:
ſin duda, mal hoſpedado
mi cariño os tiene, pues
tanto me olvidais.

Emp. No hallo
à quexas tan amoroſas
ſatisfacciones, que daros,
que no es faltar al cariño
viſitar los Templos ſantos:
à dar gracias, como es juſto,
de la jornada, he llegado
oy, como es razon: llegad,
Don Ramon, beſad la mano
à mi ſobrina.

Ram. Sus plantas
ſeràn doſel de mis labios.

Iren. Seais, ſeñor, bien venido;
pero alli he viſto à Alexandro.

Emp. Llegad, Don Ramon: hablad
con el Principe Ricardo.

Ram. Ponerme à ſus pies es ley.

Ricard. Os recibiràn mis brazos,
que es mas decente lugar.

Alex. Ay Irene, dueño amado
de mis ſentidos, el verte
es à mi dolor deſcanſo.

Emp. Què os parece Alexandrìa?

Ram. Que es nueva Chipre en lo vario,
y bello de ſus jardines.

Emp. Aunque no venìs deſpacio,
mientras quedan de la Paz
los conciertos efectuados,
vereis de ſus edificios,
y ſumptuoſos Palacios
lo principal: vamos, pues,
porque ya es hora, al Deſpacho:
A Dios, ſobrina.

Iren. El os guarde.

Emp. A Don Ramon os encargo,
Principe.

Ram. Tanto favor!

Ricard. Harè apoſento en mi quarto
à Don Ramon, gran ſeñor.

Emp. Es razon hacerlo: vamos.

Vaſe el Emperador, Don Ramon, Flora, y acompañamiento.

Clem. A dàr limoſna à mis pobres,
vamos, Morcon.

Morc. Vamos, amo.
Señores, de Lazarillo
me trae el viejo, gaſtando
el dinero, y para mì
no puedo hurtar un ochavo;
pero yo he de poder poco,
ò tengo de darle un chaſco. *vanſ.*

Iren. No os vais vos?

Alex.

Alex. Señora, no.
Iren. Por què?
Alex. Porque estoy mirando,
girasol de vuestras luces,
quando se ausentan sus rayos.
Iren. Pues què pretendeis con esso?
Alex. Vivir, y morir, pues hallo
dulce vida quando os miro,
triste muerte al ocultaros:
y pues no he de conseguir
de vuestro sol soberano
otro alivio à mis passiones,
dexad que este breve rato,
que os atiendo, tenga vida,
que harto tiempo à un desdichado
le queda para morir.
Iren. No prosigais, Alexandro,
que sin duda os olvidais,
que soy yo con quien hablando
estais: pundonor, què quieres? *ap.*
dexame, que vàs passando
à ser desagradecido,
debiendo estàr obligado;
mas si no ha de ser possible,
que la linea del recato
se passe à la voluntad,
sufrid, amor, callad, labio.
Alex. No señora, no me olvido
de quien sois; pero es tan raro
este poderoso afecto,
que del todo apoderado
està de la voluntad,
que ciegamente luchando,
ni se acuerda del peligro,
ni se considera el daño.
O nunca os huviera visto!
Primero el mar obstinado,
haciendo tumba el baxèl,
en su arena sepultado
huviera mi vida. O nunca::-
pero no sè lo que hablo;
mal dixe: Dichoso el dia,
que las ondas arrojado
me huvieron à aquessa playa,
para que fuesse reparo
mi vida de vuestra vida,
pues por lo menos los hados
no me han de poder quitar
la felicidad, y el lauro,
de que acreedora seais
del valor de un desdichado.
Iren. En todas las ocasiones,
que atrevido, y temerario
vuestra passion declarais,
de lo que blasonais tanto,
os he dado recompensa,
pues el castigo os dilato.
Ay amor, que aunque lo riño,
no me pesa el escucharlo!
Alex. Ya con aquesso, señora,
reconozco, que à cansaros
he llegado, y à morir,
de vuestra vista me aparto.
Iren. Yo no os embio à morir.
Alex. Pues vos no causais mis daños?
Iren. Yo os los causo? què decìs?
Alex. Sì, que al Principe Ricardo
le quereis.
Iren. Es obediencia.
Alex. Y no ay remedio?
Iren. No le hallo.
Alex. Bien podeis.
Iren. Es impossible.
Alex. Por què?
Iren. Sois muy desdichado.
Alex. Quien lo causa?
Iren. Vuestra suerte.
Alex. Puede enmendarse?
Iren. Alexandro,
ya es impossible.
Alex. Por què?
Iren. Porque es fuerza dar la manō
al Principe.
Alex. Cruel estrella!
Iren. Dura suerte!
Los dos. Para quando::-
Iren. Son las iras?
Alex. Son las penas?
Iren. Son las ansias? *vase.*
Alex. Son los rayos? *vase.*

Salen el Principe, y Carlos.

Ricard. Esta primera es su casa.
Carl. Què, estàs tan enamorado?
Ricard. No digo, que estoy elado,
ni que el alma se me abrasa.
Carl. Ay de mì, què desdichado

D na-

nacì, pues la suerte ayrada
à Don Ramon de Moncada
ha traìdo (infelìz hado!)
à Alexandrìa, y dudoso,
no me atrevo à que me vea,
aunque sè que lo desea,
porque estoy dèl temeroso:
luego à Serafina, Cielos,
aunque tanto he discurrido,
ingrata no ha parecido,
para darme mas desvelos.

Ric. Por què, Cielos, te has parado?
en la puerta he visto gente:
llega, Carlos, diligente.

Carl. Esperame retirado:
es de casa Gentil-hombre?

Morcon à la puerta.

Morc. Pues han de ser de la calle?

Carl. Una dama de buen talle,
que vive::-

Morc. No tiene nombre?

Carl. Si no me engaño, Leoparda
es su nombre.

Morc. Bien se emplea:
ya sè de què pie cojea:
el Principe es linda albarda!

Carl. De una Serrana del monte
traygo un papel.

Morc. Yo le tomo,
que soy su marido.

Carl. Y como
se llama? *Morc.* Rinoceronte,
y es bien que me haga la venia.

Carl. No oì nombre tan estraño.

Morc. Es, que avrà cosa de un año,
que me desposè en Armenia.

Carl. Guardas tiene aquesta Dama:
su marido es aquel hombre.

Ricard. Le preguntastes el nombre?

Carl. Rinoceronte se llama:
por los nombres, gran señor,
esta casa aborreciera.

Ricard. Carlos, de qualquier manera
solicita su favor.

Morc. Parece què me ha temblado
este pobre labrador:
voy à buscar mi señor:
ola, à quien digo? hombre honrado,
buelvase otra vez al monte,
porque à mi esposa Leoparda
ha de saber que la aguarda
su esposo Rinoceronte.

Ricard. En el estilo he advertido,
Carlos, bien lo considero,
que aqueste es el Escudero,
y que à mi me ha conocido.

Saldrà Serafina por la puerta contraria con manto, y se entrarà en su casa, y un Escudero con ella.

Seraf. Ya hemos llegado.

Ricard. Sospecho,
que es la que en su casa ha entrado:
el corazon alterado
me està saltando en el pecho:
ella es.

Carl. Tu Alteza aguarde
donde no estè conocido.

Vase Ricardo, y entra Carlos tras Serafina.

Escud. La noche nos ha cogido
fuera de casa.

Seraf. No es tarde:
vèr à Carlos pretendìa,
y en vano à Palacio fui,
porque supiesse (ay de mi!)
que estoy en Alexandrìa.
Calor hace, yo me quedo
en el patio: una luz pide.

Vase el Escudero.

Carl. Puesto que no ay quien lo impide,
hablaros sin susto puedo.

Seraf. Y quien sois?

Carl. Un Labrador. *Seraf.* Labrador?

Carl. Y gente honrada,
que le traygo una Embaxada.

Seraf. De quien?

Carl. De un grande señor,
porque mas secreto sea:
solo yo le satisfice,
como soy rustico, y dice,
que hablarla à solas desea,
y servirla en qualquier cosa,
que la viò quando cayò

Ire-

Irene à su puerta, y viò,
que es la muger mas hermosa
del mundo: si aquesto entiende
en termino cortesano,
sabrà que no soy villano,
y lo mismo que pretende,
persuadirè con razones.

Seraf. No es aqueste Carlos, Cielos!
sin duda la obligan zelos
à tantas satisfaciones,
En la voz le conocì,
aunque la ha dissimulado:
de mi amor desconfiado
supo como estaba aqui,
y zeloso de Ricardo
se quiere satisfacer:
esto solo puede ser.

Quitase el manto, y lo pondrà sobre una silla.

Carl. La respuesta vuestra aguardo.

Seraf. Que aya ofendido mi amor
con esta desconfianza!
digno serà de venganza
tan necio, y loco temor.
Con zelos quiere manchar
amor tan puro, y honesto:
Carlos, què he de hacer en esto?
satisfaccion no he de dàr?

Carl. Què respondeis?

Seraf. Que he estimado
essa voluntad, que ofrece,
de la suerte que merece.

Carl. No voy muy mal despachado.

Seraf. Que yo à su Alteza verè,
y sabrà que tengo amor,
porque assegure mejor
de mi fineza la fe:
y aunque el hombre, que debìa
estàr de mi satisfecho,
siendo el alma de mi pecho,
duda, teme, y desconfia:
hallar puede en mì su Alteza
el amor, que ya ha sabido,
que Serafina ha tenido,
con mas dicha, que belleza.

Carl. Què es lo que el alma està oyendo?

Sale el Escudero con luz, y Carlos se recata, hasta que se entra el Escudero, y repara Carlos en Serafina.

Escud. Aqui està la luz.

Seraf. Pues vete:
ponla sobre esse bufete.

Carl. Mi misma muerte pretendo,
muger piadosa, y tyrana,
piadosa en estàr aqui,
tyrana en dàr contra mì
respuesta tan inhumana.
Como no me conociste
el corazon has mostrado,
yo quedo desengañado,
desayrado, pobre, y triste,
mal pagado, bien quexoso,
loco, olvidado, ofendido,
y lo que mas he sentido,
enamorado, y zeloso.

Seraf. No esparzas voces al viento;
que responder no me dexas
à los agravios, y quexas,
que yo con el alma siento.
No basta aver ofendido
mi honesto amor sin mudanza
con esta desconfianza,
que à mi casa te ha traìdo?
Vienes con la voz trocada
à hacer prueba en lo que digo,
intentando hacer conmigo
lo que el necio con su espada?
Oy de mis castas razones
bien, y mal ambos saquemos,
pues ya sin duda tenemos
diversas inclinaciones:
no es, Carlos, la tuya buena,
pues mis palabras convierte
en mudanza, que la muerte
no me diera tanta pena.

Carl. Ni una sylaba perdì,
de todo, ingrata, me acuerdo.

Seraf. Para vèr que no eres cuerdo,
què dixe?

Carl. Al Principe di,
que recibo, y he estimado
la voluntad, que me ofrece,
de la suerte que merece.

Seraf. Quise decir, sin cuidado.

Carl. Y aunque el hombre, que debìa
estàr de mì satisfecho,

siendo el alma de mi pecho.
Seraf. Esso por ti lo decìa.
Carl. Duda ya? verà su Alteza
el amor, que ya ha sabido,
que Serafina ha tenido
con mas dicha que belleza.
Seraf. Què amor he tenido yo
con dicha, sino es el tuyo?
anda, loco.
Carl. De ti huyo.
Seraf. No crees mi verdad?
Carl. No,
que has hallado este pretexto
para aumentar mi dolor,
tyrana.
Seraf. Tu eres traydor,
y engañoso, pues.
Salen Alexandro, Clemente, y Morcon.
Clem. Què es esto?
engañoso, y traydor tu
à nadie?
Alex. Vengar aguarda
mi acero.
Clem. Tente, Alexandro.
Carl. Fuerte empeño!
Seraf. Què desgracia!
Morc. El Labrador es aqueste,
si no tengo cataratas.
Seraf. Yo, señor, te lo dirè:
dème el amor una traza
para librarle: esse hombre,
que segun trage, y palabras
es rustico Labrador,
sin duda al entrar yo en casa
se quedò oculto en el patio,
y mientras que me sacaban
luz, me quitè aqueste manto,
porque vine fatigada,
y lo dexè en essa silla.
Clem. Prosigue.
Seraf. Quedè assustada
al verle en el patio, y yo,
creyendo que se llevaba
el manto, me alborotè,
y èl con tìmidas palabras
me dixo, que la pobreza
le avia traìdo à tu casa
para que le socorrieras.
Yo, creyendo que me engaña,
me alborotè, y dixe entonces,
de la colera llevada,
mientes, traydor engañoso:
esto ha sido lo que passa.
Clem. No me espanto: la pobreza,
este, y otros yerros causa.
Alex. Idos de aqui, à què aguardais?
Carl. Avrà exemplar, que à una dama,
para librar à su amante,
de tales medios se valga,
y que le quede obligado
con lo mismo que le infama?
Clem. Aguardad.
Seraf. Cielos, què intenta?
Morc. No sabe, que aquesta casa
la guarda el Rinoceronte?
Clem. Alexandro.
Alex. Què me mandas?
Clem. Creeràs, que me ha enternecido
vèr su juventud lozana,
arriesgada à un precipicio?
Carl. Què quereis?
Seraf. Su muerte traza.
Clem. Un hijo tengo perdido, *ap.*
Dios sabe si acaso se halla
con necessidad, y quiero
la caridad emplearla,
en este: tomad, amigo,
y no cometais infamia
por veros pobre: pedid,
que el Dios que todo lo manda,
à enseñarnos vino al mundo
esta discreta enseñanza,
no me cometais vileza,
que os empeño mi palabra
de no faltaros jamàs.
Carl. Vivas la edad dilatada
del Fenix. *vase.*
Morc. Pobre embustero,
suelta la limosna.
Clem. Aparta.
Morc. Miren, què Dios se lo pague!
el hijo de una bellaca
dixo, si no el Ave Fenix,
vaya à pedir à la Arabia.
Clem. Què dices?
Morc. Que es cicatero,

y aun màs.
Alex. Pues de què lo sacas?
Morc. Yo me entiendo, y Dios me entiende,
ladroncillo.
Seraf. Morcon, calla.
Morc. Mucho defiende à este pobre
la santica de mi ama.
Clem. Vete allà fuera.
Morc. Ya voy:
èl no me dixo: Leoparda.
vive en esta casa? sì,
por aqui el Principe anda. *vase.*
Alex. y Seraf. Què quieres?
Clem. Queridos hijos,
ya mi edad caduca, y larga,
segun la naturaleza,
llega al fin de su jornada:
ya visteis en esse mar
nave, y riqueza anegadas,
y salvamos las tres vidas
por milagro en una barca:
con una joya, que à Dios
ofrecì, he visto en mi casa
mayor caudal que tenìa,
que Dios desta suerte paga:
hacer se debe tres partes,
quando yo del Mundo vaya
al Tribunal rigoroso
de la Justicia Sagrada,
que aunque sois vosotros dos,
sabed, hijos, que en España
fui desposado primero
con una Dama gallarda:
un hijo tuve, y del parto
muriò moza, y malograda
Doña Beatriz Mompeller,
de ilustre, y antigua Casa:
fue el casamiento secreto,
porque con sola mi espada
la festejè en Barcelona,
sin mas caudal, que mi fama:
un deudo suyo piadoso,
que es Don Ramon de Moncada,
que aora es Embaxador
de Constantinopla (el alma
se me enternece de pena)
el niño llevò à su casa,
y con nombre de su hijo
natural: (en tiernas ansias
se me resuelve la vida)
al fin, hijos, en su casa
le criò, y aunque me ha dicho,
que fugitivo se halla,
no es bien, que yo desherede
hijo de sangre tan alta:
fuerza es, que se hagan tres partes;
las dos os caben, que basta
para ser ricos: de todo
à Dios le demos las gracias:
muriendo yo, quedais mozos,
sujetos à las mudanzas
de la fortuna, y el tiempo,
y tambien en tierra estraña.
Daros estado quisiera,
pero la vejèz, y el alma
hacen que niegue à mi pecho
respiracion la garganta,
y temo una breve muerte:
hijos, aquestas palabras
se dirigen à dos cosas,
à vuestro bien ordenadas:
una, si quereis que os dexe
un Tutor de soberana
riqueza, en cuyo govierno
verdad inmensa no falta:
otra, si quereis las partes,
y legitimas, que darlas
podrè facilmente: aora,
escoged una de entrambas.
Alex. Tomemos los dos consejo,
Serafina, en esta causa:
Tutor los dos, nuestra edad
ya de essos terminos passa:
cosa impropia me parece
tener en tutela, y guarda
ya nosotros nuestra hacienda.
Seraf. Nuestra, Alexandro, la llamas!
el mar anegò la nuestra.
Alex. A tus venerables canas,
à la sangre de tus venas,
en las nuestras heredada,
dexemos la execucion.
Seraf. En las redes marañadas
nueva hacienda te diò el Cielo

en

en nosotros, y ella manda.
Clem. Pues lo dexais en mis manos,
mi bendicion os alcanza:
por Tutor os dexo à Dios,
à fe, que no perdeis nada:
hijos, buen Tutor os queda.

Saca un papel.

De los bienes de mi casa
le entregarè este Instrumento,
no avrà menester fianzas.
Al Hospital de San Pedro,
que es fabrica necessaria,
dexo ochenta mil ducados,
treinta mil al de Santa Ana:
para huerfanas doncellas,
que por pobres no se casan,
dexo treinta mil, y aquesto
en joyas de oro, y de plata:
para cumplimiento dello,
suplicarè al Patriarca
la administracion acete:
serà desde oy esta casa
un alvergue de los pobres,
porque à nosotros nos basta
una casilla pequeña:
quedarà depositada
la hacienda, que al otro hermano
le corresponde, y alcanza:
y aunque tu, mi Serafina,
carezcas de tantas galas,
con solo una ropa humilde
te has de quedar, que esso basta:
Alexandro, tu tambien,
y vivid con esperanzas,
que vuestro Tutor Divino
remediarà vuestras faltas:
esto se ha de hacer tan presto,
que se execute mañana:
hijos, paciencia, y bolved
à la pobreza passada.
Alex. Señor, quando en tu obediencia
aqui nos amenazàran
desdichas no prevenidas,
afrentas no imaginadas,
vieras à los dos mas firmes,
que la rìgida montaña,
opuesta à las blandas olas,
que el pie robusto le bañan:
nuestra voluntad es tuya,
que aunque son de Dios las almas,
por saber que Dios te inspira,
tu obediencia nos agrada.
Generoso intento tienes,
valiente espiritu alcanzas,
tu fe penetra los Cielos,
pues con obras se levanta,
dispon de las vidas nuestras,
que aqui estamos yo, y mi hermana,
para cumplir, siendo pobres,
quanto por Christo nos mandas.
Serafin. Lo que promete Alexandro,
con Divina confianza
en Dios, cumplirè tambien:
ricas queremos las almas,
que si es Dios nuestro Tutor,
èl cumplirà su palabra.
El Hospital, señor mio,
es Casa de Dios Sagrada;
pues donde podrè vivir
mejor, que en su misma Casa?
Servirè à los pobres suyos,
que es la perfecta ganancia,
y es el logro mas seguro
hacer lo que nos encargas.
Clem. Aora venga la muerte,
porque de venturas tantas
no triunfe el tiempo, y la vida:
todas las glorias humanas
no llegan al menor punto
del bien que goza mi alma:
hijos, con vuestra obediencia,
ricos quedais, con ventajas
immortales: Dios os guia,
Dios os defiende, y os guarda:
por norte, y tutela os dexo
su Misericordia santa. *vase.*
Alex. Pues en su amparo nos dexas,
riquezas tendrè sobradas.
Serafin. Pues dexas à Dios mis bienes,
segura està la abundancia.
Alex. Buelva à Dios lo que es de Dios.
Serafin. Immortal serà la paga.
Alex. Dichoso el que en Dios espera,
pues

pues para siempre descansa:
à Dios, Irene divina:
Pensamiento, que volabas
hasta los rayos del Sol,
abate, abate las alas,
y à deseos imposibles
no empeñes las esperanzas. *vase.*
Seraf. En nuevo cuidado estoy
de este hermano, que en España
tenemos, porque mi Carlos
tiene sangre de Moncada:
si son deudos? si seràn,
que alguna secreta causa,
confrontando voluntades,
hace amigas nuestras almas. *vase.*

Sale Ricardo, el Emperador, Irene, y Flora.

Emp. Pues que tantos dias ha,
que de viage tan prolijo
he descansado, pretendo
assegurar lo preciso,
con dexar à mis Estados,
lo que ha tanto solicìto,
en la succesion dichosa,
que es el mas blando camino,
para que propios, y agenos
Estados, estèn unidos
en la paz, sin que discordias
de derechos succesivos
à los estraños alteren,
y à los propios dèn motivos
de mal contentos, que son
los mas crueles enemigos;
y aunque dexandote à ti,
Ricardo, como preciso
heredero, sossegaba
tantos daños, determino,
que con mi sobrina Irene
se afiance lo temido:
que es mi voluntad, sabeis,
que es la vuestra, me lo ha dicho
lo que uno, y otro interessa;
y para que prevenirlo
pueda con solemnidad,
à la Europa darè aviso
de mi determinacion,
y en publicos regocijos,
los Principes feudatarios
han de venir à assistiros.
Ric. Valgame el Cielo! què escucho?
Iren. Amor me valga, què he oìdo?
ay Alexandro, acabaron
de mi aficion los cariños.
Emp. Aora suspensos los dos?
Ricard. Ay adorado prodigio!
ay Serafina! señor,
es tan grande el regocijo,
que ha embargado à las acciones
usos de lo agradecido.
A vuestros pies, gran señor,
por las honras que recibo,
en ser de mi prima mas
esclavo. que esposo, rindo
todas las gracias, que ofrezco.
Emp. Sois en efecto hijo mio.
Iren. Yo, señor, que hablar no tengo,
porque no tengo alvedrìo,
(y es verdad: ay Alexandro!)
que no sea vuestro.
Emp. Estimo,
sobrina, vuestra respuesta,
y à mi quarto me retiro,
que pensiones del mandar
cansan tambien. *vase.*
Ricard. Mucho admiro,
señora, vuestro despego,
quando yo tuve entendido
mereceros mas agrado.
Iren. Pues decid, quando aveis visto
nunca en mì mas agassajo?
Ricard. Esta quexa es del cariño:
ay Serafina! quien dueño *ap.*
fuera de darte el altivo
laurèl de Constantinopla!
Iren. Tened, Principe, entendido,
que la obediencia me casa,
no las prendas, que es vos miro.
Ricard. Assi, señora, lo entiendo.
Iren. Vamos à morir, destino,
y à sepultar con mi llanto
mi amoroso desvarìo. *vase.*
Ricard. Flora, què tiene mi prima?
Flor. Estos, señor, son precisos

des-

desdenes de las señoras.

Ricard. De las palabras que ha dicho,
de mì tiene alguna quexa.

Flor. Y con razon la ha tenido,
que eres amante muy seco:
què musica por ti ha oìdo?
què suspiros la has costado?
què lagrimas te ha debido?
Ni aun à mi, que soy aduana
por donde passa el cariño,
no te he debido que digas:
Flora, toma esse bolsillo,
ni arrimate à essa sortija.

Ricard. Tienes razon, toma.

Flor. Digo,
señor, que miente mil veces
el censurador, que ha dicho,
que por hablar muchos pierden,
pues aora he conocido,
que por hablar yo, he ganado,
y el tomarte aqueste anillo,
es por no ser descortès.

Ricard. Dile à Irene, quan rendido
amante de su belleza,
ciego idolatra me rindo.

Flor. Jesus! dirè, que no ay,
ni ha de aver, ni nunca ha avido
amante como tu, dà;
que dixo bien el que dixo:
dadivas ablandan peñas,
muestrate desde oy rendido
à su belleza, que yo
harè à tu amor los oficios
de criada, y regalada,
que harto con aquesto he dicho. *Vase.*

Ricard. Què poco solicitàra
vèr de mi prima el desvìo
agradable, si de Carlos
lo galante, lo rendido,
no me huvieran apartado
del amoroso designio
de pretender la hermosura
de Serafina!

Sale Morcon.

Morc. Què miro!
con el Principe he encontrado,
bolver atràs determino,
no se acuerde de Leoparda.

Ricardo. Quien sois?

Morc. No me ha conocido,
pues quien soy pregunta.

Ricard. Hablad.

Morc. Yo, señor, soy tu perdido,
y me ando buscando à mì.

Ricard. Me parece que os he visto;
mas Carlos viene.

Sale Carlos.

Carl. Señor?

Ricard. Carlos, còmo no te he visto
en todo oy?

Carl. Porque he estado,
si verdad, señor, te digo,
deste Embaxador de España
rezeloso.

Ricard. No colijo
por què.

Carl. Pues sabràs, señor::-

Hablan aparte.

Morc. O es el diablo que anda listo,
ò yo conozco este hombre,
que es aquel, sì, vive Christo,
que se fingiò Labrador;
y pues al Principe miro,
que habla con èl, no ay dudarlo.

Ricard. En mucho, Carlos, estimo
saber, que el Embaxador
te aya criado como hijo,
y la quexa, que de tì
tiene, por aver salido
de su casa, yo con èl
ajustarla determino.

Carl. Beso mil veces tus pies.

Ricard. Y aora dime, si has visto,
ò conoces à esse hombre?

Carl. Si conozco, este es el mismo,
que en casa de Serafina,
aquella noche me dixo,
quando à la puerta le hallè,
que era, señor, su marido.

Morc. Consultas entre los dos,
y mirarme tan mohinos!
ay pobre Morcon! que aora
te han cogido en el garlito.

Carl. Decidme, me conoceis?

Morc.

Morc. Pareceme, que le he visto
à V.md. *Carl.* Y adonde?
Morc. En mi casa, señor mio.
Carl. A quien servìs?
Morc. A Clemente,
varon justo, varon pio,
que su hacienda, que era mucha,
en pobres ha repartido,
y en Hospitales ha empleado,
sin dexarles à sus hijos
mas que el amparo de Dios.
Ricard. Accion generosa ha sido.
Carl. Ay, Serafina, què escucho!
es verdad aquesso, amigo?
Morc. Si es verdad? tanta verdad
es lo que hablo, y lo que digo,
como es verdad, que sois vos
el Labrador escondido,
que iba en busca de Leoparda,
sin asustarle el sonido
del fiero Rinoceronte:
no escapò mal del peligro,
pues que saliò con dinero,
pudiendo salir molido
à palos.
Ricard. Y vos no estais con ellos?
Morc. Es desatino
servir un pobre otros pobres,
aviendo en el mundo ricos:
no mas pobres en mis dias.
Ricard. Bien decìs, quedaos conmigo,
que gastais gentil humor.
Morc. Besar tus pies solicìto,
pues sacas à este Morcon
de ser de una vez Corito.
Voces dentr. Voces dà el Emperador,
acudid.
Ricard. Què es lo que he oìdo
en el quarto de mi padre?
Carlos, escucha el ruìdo.

Sale Irene sossegando al Emperador, y Flora, y Criados.

Iren. Sossegaos, gran señor.
Emp. Què admiracion! què prodigio!
Valgame Dios!
Iren. Què os altera?
Ricard. Señor, què teneis? decidlo.
Todos. Hablad, gran señor.
Emper. Si harè.
Morc. Le ha dado algun parasismo
à este viejo marrullero?
Flor. Callad vos.
Morc. Cerrarè el pico.
Emper. Del prolijo desvelo del cuidado,
que el peso del reynar trae, fatigado
me hallè, porque es dificil desempeño,
y assi al desvelo treguas hizo el sueño:
y aun no bien los sentidos
en extasis quedaron suspendidos,
quando oygo, que me llama
(divina inspiracion, amante llama)
una voz, que sin duda fue del Cielo:
turbòse el corazon, y en tanto anhelo
pronunciò: Emperador, si darme quieres
agrado en quanto hicieres,
mira que yo tambien tengo acreedores,
satisfacer procura à mis menores
con premios verdaderos,
que para todo tengo Thesoreros,
y en la tierra eres tu, de tanto vario
caudal como te dì, depositario:
Busque aquestos menores tu agonìa,
que ya los tienes en Alexandrìa,
à quien à mi me diò, dar no reuses,
y tìmido en hacerlo, no te escuses,
si pretendes tenerme por amigo,
porque si no, tendràs de mì el castigo:
despertè del espanto temeroso,
asustado, y medroso:
Dios, que pague à sus Fieles me ha intimado,
vigilante he de hacer lo que ha ordenado,
el modo no discurro, ni prevengo,
solo del Superior el orden tengo;
y pues que à obedecerle fiel me inclino,
èl me abrirà en las dudas el camino.
Iren. No te dè auxilio tal, gran señor, susto,
pues trae anticipado tanto gusto.
Ricard. Aqui tienes, señor, à mi persona,
del Estado dispon, y la Corona,
pagar por Dios, quien mereciò tal gloria?
digna es, que se enternice en la memoria.

Carl. Absorto me ha dexado lo que he oìdo.
Morc. Què fuera q̃ el deudor, yo huviera sido,
que manda Dios que pague ? es evidente;
señor, yo soy.
Flor. Què intentas, loco, tente.
Emper. Quien sois vos?
Morc. Yo, señor::-
Emper. Passa adelante,
proseguid.
Morc. Soy un pobre vergonzante,
y puede ser que sea Dios loado,
à quien mande, pagueis lo que le he dado.
Emper. Pues Dios, què os debe à vos?
Morc. Segun mi cuenta,
yo soñè, que tenia mucha renta,
que Dios me la pidiò, yo se la daba,
porque mejor me estaba:
despertè con el gozo de ser rico,
y me quedè, señor, hecho un borrico.
Ricard. Aparta, loco.
Flor. Bien aveis medrado.
Morc. Florilla, yo he nacido desgraciado.
Sale Albert. El Embaxador de España
pide licencia, señor.
Emp. Dile que entre.
Carl. Yo, entre tanto,
afuera aguardando estoy.
Ricard. Donde vas, Carlos? detente,
que aquesta es buena ocasion
para darte à conocer::-
Carl. Leyes tus preceptos son.
Sale D. Ram. No quisiera embarazaros
con mi visita, señor,
cosas de mas importancia.
Emp. Ya sabeis quan vuestro soy.
Ram. De vèr à vuestras Altezas
con salud, à mi me doy
dichosas enhorabuenas.
Iren. Yo os agradezco, señor,
cortesanìa tan vuestra.
Ricard. Ya sabeis somos los dos
amigos à todo trance.
Emper. Saber deseando estoy,
què os parece Alexendrìa?
Ram. Siendo toda admiracion
en lo alegre, y sumptuosa,
què podrè decir, si no
puede la lengua explicar
lo vario de su primor?
pero en tanto como he visto,
solo un caso, que està oy
sucediendo, es el prodigio
de los prodigios mayor.
Emp. Decidme, què es?
Ram. Un Clemente,
à quien el Cielo dotò,
sobre ilustre nacimiento,
y admirable discrecion,
virtud la mas singular,
que viò el mundo, ha muerto oy;
fue poderoso en la hacienda,
toda en pobres la gastò,
repartiendo en Hospitales,
y obras pìas, su fervor,
su hacienda, y la de sus hijos,
diciendoles, que si es Dios
quien al hombre dà la hacienda,
el hombre no tiene accion
de decir, que nada es suyo;
y haciendo reparticion,
de lo que toca à sus hijos,
les ha dexado un Tutor,
para que los alimente.
Emp. Quien es esse Tutor?
Ram. Dios.
Emp. Valgame el Cielo, què escucho!
ya descubristeis, señor,
vuestros deudores: los hijos
donde estàn?
Ram. Estàn, señor,
sirviendo en un Hospital.
Morc. Què escucho! mis amos son.
Emper. Ola.
Alber. Señor, què me mandas?
Emper. Que traygais, sin dilacion,
los dos hijos de Clemente
à Palacio.
Alber. Voy, señor,
à executar lo que mandas. *vase.*
Ricard. Aquesta es buena ocasion,
Carlos, de pedir por tì;
yo tenìa, Don Ramon,
que pediros.
Ram. Què mandais?

Ricard. Que sepais, que guardo yo
una prenda vuestra, y quiero
restituirosla oy.
Ram. Què alhaja puede ser?
Ricard. Carlos,
yo he de alcanzar el perdon
vuestro por èl.
Ram. Llega, Carlos.
Carl. No tengo, señor, accion
para hablar, que la verguenza
las razones usurpò.
Emp. Es vuestro hijo?
Ram. Le he criado
como à tal.

Salen Alexandro, y Serafina con Alberto.

Albert. Ya estàn, señor,
los dos hijos de Clemente
à tus pies,
Alex. Dichoso soy,
pues que merezco besarlos.
Seraf. Lo mismo os digo.
Iren. Atencion:
què miras? no es Alexandro?
Emp. Levantad, llegad los dos
à mis brazos.
Ricard. Què estoy viendo!
no es esta, embidia del Sol,
Serafina?
Carl. Aqui mi Dama?
no desmayes, corazon.
Emp. A todos tendrà suspensos
la novedad.
Todos. Si señor.
Emp. Dios me ha mandado que pague
à quien à èl le prestò:
yo he de pagar à Alexandro
una deuda, y la mayor
que puede darme cuidado:
pedid, pues.
Alex. Ay confusion
mas grande! Què he de pediros,
si no merezco, señor,
el que de mi os acordeis?
Emp. Mi palabra Real os doy,
de que la cosa mas ardua
no he negar: pedid vos,
y sea lo que quisiereis,
pues os dexo la eleccion:
vosotros sois acreedores,
pedidme, pues.
Alex. Yo, señor,
si os he de pedir (que espere
malograr esta ocasion,
serà del animo ultaje)
os pido à Irene, señor.
Emp. Si ha de casar con Ricardo
mi hijo?
Ricard. Aunque tanto voy
à perder, si Irene gusta,
yo cedo.
Iren. Gustosa doy
la mano à quien me diò vida.
Emp. Quando la vida te diò?
Iren. Un dia, que sali à caza,
del cavallo lo feròz
me huviera dado sepulcro
en las peñas, si el valor
de Alexandro no llegàra
à mi amparo: ved si estoy
obligada al beneficio.
Emp. Tu mano es galardon
à beneficio tan grande:
dasela.
Alex. Dichoso soy.
Emp. Pues casada mi sobrina;
mayor premio se logrò
en vuestra hermana, Alexandro,
que de mi hijo ha de ser oy
esposa.
Carl. Què es lo que escucho!
Seraf. Aunque os estimo el favor,
yo, señor, tengo marido.
Ricard. Ya mi esperanza acabò.
Emp. Pues con quien quereis casaros?
Seraf. Con Carlos.
Carl. Dichoso yo, que te merezco.
Ram. Aguardad.
Emp. Pues què ay que aguardar?
Ram. Señor,
que es su hermana Serafina.
Seraf. Què escucho!
Carl. De marmol soy!

Ram. Señor, de Clemente es hijo,
que le criò mi atencion
desde sus primeros años.
Carl. Ya la suerte me logrò
la dicha de ser tu hermano:
dame los brazos.
Seraf. Mi amor
no en vano el alma te daba.
Emp. Raro caso! *Ric.* Yo el favor
espero de Serafina.
Emp. Dale la mano.
Seraf. Es razon
no negarme à tal fineza.
Alex. Quien tal ventura logrò?
Emp. Carlos, yo te casarè.
Carl. Ser tu esclavo quiero yo.
Morc. Y Morcon ha de casarse?
Flor. Con quien sea otro Morcon.
Todos. Esta es verdadera Historia,
digna de la admiracion,
porque solo en esta vida
el Buen Pagador es Dios.

F I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la Calle de la Paz.
Año de 1751. *